

519

9

Handwritten mark

PQ7519

D3

A6

V.2

1919

FRIBÉN DARÍO

EN

COSTA RICA

(SEGUNDA PARTE)



PRECIO: ₡ 1-25

EDICIONES SARMIENTO
CUADERNOS 17 Y 18

EN SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

1920

EDICIONES SARMIENTO

GARCÍA MONGE y Cía., Editores
SAN JOSÉ DE COSTA RICA, C. A.
APARTADO DE CORREOS 533

CUADERNOS PUBLICADOS:

A 20 ctvs. oro am. cada tomito

- 1.—Juan Maragall: *Elogio de la palabra.*
- 2.—Clarín: *Cuentos.*
- 3 y 4.—José Martí. *Versos.*
- 5.—José Enrique Rodó: *Lecturas.*
- 6.—Enrique José Varona: *Lecturas.*
- 7.—Herodoto: *Narraciones.*
- 8.—Almafuerte: *El Misionero.*
- 9.—Ernesto Renán: *Emma Kosilis.*
- 10.—Jacinto Benavente: *El príncipe que todo lo aprendió en los libros.*
- 11.—Silverio Lanza: *Cuentos.*
- 12.—Carlos Guido y Spano: *Poesías.*
- 13.—Andrés Gide: *Oscar Wilde.*
- 14.—R. Arévalo Martínez: *El hombre que parecía un caballo.*
- 15 y 16.—Rubén Darío en Costa Rica.

PROXIMAMENTE:

Bolívar, por Cornelio Hispano.

15620
EDICIONES SARMIENTO

CUADERNOS 17 y 18

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

15620

RUBÉN DARÍO

EN COSTA RICA

(1891-1892)

CUENTOS Y VERSOS
ARTÍCULOS Y CRÓNICAS

II



1020101601

GARCÍA MONGE Y Cía., Editores
SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

1920

12233

BIBLIOTECA CENTRAL

U. A. N. J.

1920

BIBLIOTECA CENTRAL

Partida

DESPUÉS de cerca de un año de residencia, hoy acaba de abandonar el poeta Rubén Darío la tierra de Costa Rica. Diríjese a Guatemala en busca de mejor fortuna, y cúmplenos como amigos verdaderos suyos, y admiradores de su fecundo y brillante ingenio, desear que para él se abran todos los caminos del buen éxito. Costa Rica tuvo en su seno al primero entre el cortísimo número de los poetas que han nacido en Centro América; y como sucede con harta frecuencia, no supo apreciar de cerca en cuanto significa y vale el espíritu que admiraba al través de sus lejanas irradiaciones. Craso error sería el nuestro afirmar que tal injusticia se hubiera cometido por los más ardientes adoradores del arte. Entre éstos halló dulce atmósfera de aplausos. Muchos fuimos arrebatados por la magia de su inspiración, copiosa y sostenida; muchos contemplamos aún la línea de luz que deja en las columnas de la prensa nacional, y notamos el vacío de su ausencia en nuestras cotidianas labores literarias. Por el temperamento frío de quienes pudieron a nombre del país brindarle apoyo y hospitalidad cual lo reclamaban sus méritos de artista eximio, no le permitieron constituir aquí su hogar en esta patria que también es suya, y a la cual honra con la justa fama de que goza en el mundo. Que sea feliz nuestro querido amigo y compañero.

(Diario del Comercio, 11-V-1892).

Rubén Darío

RUBÉN, el poeta exquisito, el parisiense transplantado, el rival de Catulo Mèndés, partió el martes último para Guatemala, después de sacudir el polvo de la tierra inhospitalaria de Costa Rica.

Nuestro modo de ser tan rudo y prosaico, tan ajeno a lo intelectual, no podía en manera alguna convenir al espíritu esencialmente artístico de Rubén Darío.

El escritor insigne, cuyo nombre resuena con aplauso universal en toda la América española y en Europa, se ahogaba en nuestra atmósfera de materialismo mercantil. No vuelan los pájaros en el vacío.

Fuera de un pequeño círculo de amigos que le queríamos y procurábamos endulzar la amargura de las decepciones que diariamente recibía, Rubén Darío ha pasado aquí inadvertido. Por desgracia, la gran mayoría de los costarricenses no comprenden que se pueda trabajar de otro modo que con el hacha en la mano: El trabajo intelectual, y sobre todo, el trabajo exclusivamente literario, es para nosotros una de tantas manifestaciones de la holgazanería, sin que podamos meternos en el caletre que las más de las veces un simple artículo de periódico o la sola página de un libro, han costado una labor mucho más grande que la que es necesaria a D. Blas Babieca para ganar \$ 50.000.00 en una negociación de café.

El gobierno hñero que por desgracia rige nuestros destinos, obró de acuerdo con la mayoría. No supo, mejor dicho, no quiso aprovechar en beneficio del

país, el talento admirable de Rubén Darío. Con su pan se lo coma.

No tengo el honor de conocer al General Reina Barrios, pero sé que es joven, inteligente, progresista, y esto me basta para creer que él sí sabrá amparar al rey de los poetas centroamericanos; porque estoy seguro que la protección a las letras entra en su programa de gobierno.

¡Buena suerte, mi querido Rubén!

R. FERNÁNDEZ GUARDIA

(*Diario del Comercio*, 11-V-1892).

Adiós, Rubén

SE va el dulcísimo poeta. Rubén Darío, nuestro colaborador en la redacción de este periódico, partió hoy para Puntarenas con el objeto de dirigirse a Guatemala. Demás está decir cuánto pierde «El Herald» con perderlo. Pero, con ser mucha la que nos causa el alejamiento del compañero y amigo, no es esa nuestra mayor tristeza; nos sentimos tristes por la patria; mengua nos parece para Costa Rica que no hayamos podido sujetar aquí con lazo de oro las alas de ese pájaro maravilloso; mengua nos parece que no haya podido formar aquí definitivamente su nido, cuando junto a él habrían de brotar tales raudales de armonía.

Rubén Darío no es sólo el primer poeta de Centro América, es algo más: es un poeta verdadero. Tiene

todas las facultades y los recursos de una excepcional naturaleza artística; muy pobre o muy atrasado tiene que estar el país, su patria, en cierto modo, que no ha sabido sujetarlo. Se va a explorar a Guatemala; estamos seguros de que no lo dejarán volver. Lo deseamos desinteresadamente por él; por nosotros lo sentimos. En todo caso, algunas de esas producciones cuyas tan dulces y tan nobles, han de esmaltar las columnas de «El Heraldo», cuyos habituales lectores son desde hace tiempo amigos íntimos del bardo peregrino.

¡Que el mar conduzca con cariño su nave!

(*El Heraldo de Costa Rica*, 11-V-1892).

Señor don Pío J. Víquez

DE entero acuerdo conmigo, en cuanto al fondo y a la forma, imprimió «El Heraldo» el «Adiós, Rubén» que aparece en su número correspondiente al diez del que corre. He oído algunas protestas contra las ideas allí contenidas, y pide mi decoro que me haga solidario de él, manifestando ahora en alta voz la esencia de lo que allí pensamos y dijimos juntos acerca de la partida, que todavía me duele, de nuestro queridísimo poeta.

El talento de Rubén puede mirarse ciertamente como inútil a la luz de cierto criterio; poco menos inútil que el aroma de la violeta, el canto del ruiseñor y la hermosura del alba. La poesía, sin embargo, ha contribuido poderosamente a sacar la vida fuera de la

órbita de la concupiscencia y del egoísmo; ha enaltecido, excelcionado y hecho más luminosa a nuestra especie; tiene parte que no es pequeña en el heroísmo de los que salvan y alumbran a la patria, de los que se sacrifican por la verdad y por la justicia, de los que viven para los demás: es un acicate de oro que nos mueve hacia lo grande y hacia lo divino; no era extraña al coraje de Tell ni a la abnegación de Juana de Arco, y, aunque parezca un sacrilegio, hay una Musa que está presente cuando las caridades de Vicente de Paula y las humildades de Carlos Borromeo y que muchos vemos, junto al Genio de las Religiones, surgir resplandeciente a la hora solemne del sacrificio del Calvario.

Rubén Darío es de los pocos que hablan con perfecta posesión de ella, esa lengua sublime de lo ideal que tantos balbucean. Con autoridad que sólo su cariño me confiere, he tachado algunos de sus procedimientos estéticos; pero admiro como quien más las dotes privilegiadas que lo caracterizan; me parece que quien recorra las páginas, ricas ya sin él, de la literatura centroamericana, ha de experimentar, no obstante, al encontrar las que llevan su nombre al pie, el hechizo de un hallazgo tan precioso como inesperado, como quien oye de súbito, al atravesar un bosque virgen, brotar alta y melodiosa la cántiga del ruiseñor enamorado; algo... me valdré de una comparación que he usado otra vez, porque me parece ahora muy oportuna, algo como si se descubriera un metal nuevo que eclipsara el oro, o mejor dicho, una nueva piedra preciosa.

Estemos, pues, contentos de haberlo amado y honrado y de guardar con cariño su recuerdo; no nos

avergoncemos de sentir el influjo de su magia; tiene él, además del genio, un alma angélica, noble y bondadosa, ¡qué doble coronal y la aureola de su nombre ha puesto un laurel fresco, frondoso, no marchitable, en el escudo centro-americano.

De acuerdo otra vez. Publique eso, si quiere, con la firma de su amigo affmo.,

A. ZAMBRANA

(El Heraldo de Costa Rica, 13-V-1892).

Linterna Mágica⁽¹⁾

El Mercado

MIL voces. Parece un enorme amontonamiento de urracas y de loras. El vaivén de las gentes presenta un sin número de movimientos y de colores. La tez bronceada de la vendedora de verduras, está cerca de los cabellos rubios que brillan sobre la frente de una cocinerita francesa.

En el departamento de las carnicerías se oye un golpear de hachas, entre la roja decoración de las carnes colgadas. El hueso blanquízco, sobresale, entre la púrpura quemada, en el opaco y oscuro carmín de los tasajos ondulantes.

El carnicero corta, y vende;— ya es un robusto hombre que maneja un largo cuchillo

(1) Suscribió algunos de estos artículos con el pseudónimo de AR-MA.

filoso, ya un viejecito parlanchín, que da que murmurar a los compradores, porque casi se rebana los dedos por dar más aminorada la libra de lomo.

ENTRE los vendedores de legumbres, resaltan las jovencitas, que llaman al comprador con una sonrisa: —¡Vainicas, señor! ¡chayotes, señor!

Descalzas, con su vestido limpio, la cabellera arreglada, peinada, las caras rosadas, los brazos desnudos, ellas atraen y son simpáticas. Una tiene catorce años. Las dos colinas del país de la maternidad, apenas alzan sus cimas encantadoras. —¡Vainicas, chayotes, señor!

Ríen las jóvenes cuando pasa algún cocinero ridículo, algún chumeca que lleva a arrastrapié una chancleta vieja.

LA NATILLA con su blancura mantecosa y tentadora, llama al apetito, en las ollas de barro, junto al queso marmóreo, que da su olor en cubos encuadrados, de apretada, maciza carnación.

La que lo vende es una muchacha morena, que alza sus gordos brazos, para ver lo que señala el fiel de la balanza. Suenan tras ella

fragmentos de frases, llamadas, ecos, murmullos, risas, el hervor del apiñado hormigueo humano que va a buscar el alimento de los hogares josefinos.

Las «truchas» ostentan sus telas y chucheries, colorines, pañuelos. En un mollejo, cerca del galerón central, un campesino afila su machete.

Monótono, chillón, lleva el viento el grito del negro: —¡Cacao maniiiiii!... ¡caballero, ero, ero, ero!

DE PRONTO se ve una dama hermosa, una linda niña, un bebé de rosa y cielo.

Arriba, desde un fondo de estaño, cae, serena, blanca, la luz del sol.

(*Diario del Comercio*, 1º-XII-1891)

De Washington a Buenos Aires por tierra

SABRÁN los lectores del *Diario del Comercio* que el veinte de febrero del año ochenta y nueve, se leyó en la Conferencia Internacional Americana un informe presentado por

la Comisión de ferrocarriles, respecto a unir con el metal de los rieles, por el poder de la industria y la fuerza de las naciones de América, todo el continente colombino. Presidía la sesión el viejo Blaine, con su semblante severo y sus barbas blancas.

Fué la opinión de la Conferencia que en lo moral y material ganarían los países del nuevo mundo con ese lazo de progreso; que para llevar a cabo la idea plausible, era preciso que se nombrase una comisión de ingenieros que estudiase el proyecto, que señalase la ruta más conveniente, y asimismo que opinase lo respectivo a longitud, costos y ventajas recíprocas, entre los pueblos unidos por el férreo vínculo; que cada nación debería nombrar tres ingenieros para elegir la Comisión antedicha, con facultades para subdividirse en subcomisiones, y también de agregar los miembros que necesarios fuesen para que el objeto de sus trabajos se lograra pronto y de manera eficaz; que los gobiernos de los países representados podían nombrar comisiones propias, pagadas por ellos, para ayudar a las subcomisiones en lo referente a los trazos seccionales del ferrocarril gigantesco; que éste debería unir, hasta donde lo permitiesen los comunes intereses, las ciudades principales vecinas a la ruta, para lo cual se

trazarían líneas ramales: que para disminuir el costo se utilizarían las líneas existentes, en lo posible; que ya demostrada la practicabilidad de la vía continental y sus ventajas, se sollicitasen proposiciones para la construcción; que la construcción, manejo y operación de la línea debería ser a costa de los concesionarios; que los materiales para la gran obra estarían libres de derechos; que las propiedades personales o inmuebles del ferrocarril empleadas en su construcción y operación quedarían exentas de toda contribución; que la ejecución de obra de tanta magnitud y de tan innegable trascendencia, debía estimularse con subsidios, cesiones de tierra o garantías de un minimum de intereses; que todas las naciones que aceptasen el proyecto, en proporción a sus poblaciones soportarían los gastos necesarios para sueldos y necesidades incidentales de los primeros trazos; que se establecería para siempre la neutralidad del ferrocarril; que la aprobación de los trazos, las condiciones de las propuestas, la protección a los concesionarios, la inspección de trabajos, la legislación para la línea, la neutralidad de la vía y el paso libre de las mercancías de tránsito, serían asuntos de convenciones especiales entre las naciones interesadas en la obra, y que tan pronto como se supiese

que las naciones daban su aprobación al proyecto, las invitaría a nombrar la Comisión de Ingenieros el Gobierno de los Estados Unidos.

El 10 de abril de 1891, salía de New York, en el vapor *New Port*, una agrupación de ingenieros que iba a recorrer la América del Sur, para estudiar el vasto proyecto; de los tres cuerpos de ingenieros del ferrocarril intercontinental, se embarcaron el segundo y el tercero, el primero estaba destinado a México.

Los que iban, llenos de entusiasmo, en el *New Port*, llevaban como Jefes al Coronel Shunk de Hanisburg, y a Imbre Miller, de Filadelfia, ambos de sangre práctica, hombres del número y del hierro, completos yankees.

Ultimamente, se ha recibido en el Departamento de Estado en Washington, un informe acerca del progreso de los trabajos en el estudio del trazo. El informe satisface en todo. Y los ingenieros se hacen lenguas de la acogida cordial que les han hecho sus hermanos latinos. Se trabaja rápidamente.

De la capital del Ecuador escribe Shunk que al comenzar el mes de junio, salió a emprender sus trabajos en la sección que le toca. Estudia cuatro millas diarias. Y el cálculo es que cada milla costará treinta y dos mil dollars, para descruajes, terraplenes; para tender puentes.

Y a principios del entrante siglo, irá el hombre americano, de un extremo a otro de su América, de la ciudad de Washington a la de San Martín, rápido, glorioso, por tierra.

(*Diario del Comercio*. 2-XII-1891).

La Estación

VIENE el tren de Limón o de Alajuela. Siempre se anuncia lo mismo. Es el pitazo agudo y falso del descalabrado cuerpo de la locomotora que se queja. ¡Pobre y anciano cobre! ¡Pobrecito acero! El pulmón de la caldera apenas resiste. El músculo de la palanca apenas tiene juego. Cuando la chimenea, ¡ay de la pipa vieja! echa el humo, uno dice con toda convicción: es una barbaridad que ese Congreso no haya decretado ya la autorización para el empréstito...

Et pour cause!

*

LOS CARRUAJES de Harrison lucen sus negros y ricos charolados, sus atrayentes barnices; y los caballos yankees del más simpático de los machos, mueven las crines orgullosamente,

cerca de los desastrados cocheros de los birlochos despreciables, tirados por jameigos ruines y entristecedores.

*

LA ESTACIÓN con sus extensas galeras y sus corredores abiertos presenta su techumbre sobre el fondo de los cerros lejanos y ondulados. En las casas vecinas hay mujeres bonitas. Al rededor, clarinean los muchachos pillos y alegres, sus propuestas para llevar las valijas.

Es que ha llegado el tren.

Bajan en confusión los pasajeros. Un cochero agita y hace sonar su fusta.

En la cantina de enfrente, dos viajeros beben un trago. Estallan los apollinaris, no lejos. Hay jamaicanos por todas partes: hormigüea negro.

*

COMO el tren acaba de llegar y jadea, la pregunta es la siguiente:

—¿Cuántos muertos?

(*Diario del Comercio*, 13-XII-1891).

El Parque Central

EN las ramas de los árboles florestales saltan y chillan las ardillas.

Hay abajo helechos, césped recortado; una

que otra rosa: no he llegado a ver una sola violeta.

Por las mañanas van allí las niñeras. Los niños, alegres y risueños, respiran el ambiente sano en que el colibrí mueve sus alas tan rápido que ya parece una flor, ya una mariposa.

No es raro ver damas hermosas a lo largo de las avenidas. Hay una rubia fresca y linda que va casi siempre, y que al pasar cerca de un rosal, el rosal la saluda: «Buenos días, señorita».

En el centro del parque, no lejos de la pila donde el amor de bronce cabalga en el cisne, monosilabean las guacamayas pomposas, con su voz monacal y su paso pausado. Cuando suben a alguna corta altura, para descender se apoyan en su pico óseo y corvo. A veces tienen razón en murmurar sordamente; un día he visto a un niño zarrapastroso disputar con ellas una papa cocida.

Rey solitario y prisionero, el rey-de-zopilotes, se deja contemplar, mueve la cabeza con dignidad y parpadea verticalmente, en su holgada jaula de alambre.

El kiosko desgarbado merece un vistazo: en él suena la música, y bajo su techo cóncavo, anuncia Camilo el premio gordo de la lotería.

*

CUANDO en las tardes doradas van las josefinas a las retretas, hay un encantador desfile al rededor del paseo: entre las bellas resplandecen las admirables. Tú, gallarda como una princesa imperial, la que tienes más rojos labios y haces temblar a más de un adorador con tu divina y negra mirada; tú, serena, blanca, que miras con cierto desdén, y caminas con el «*fatuit dea*» del poeta pagano; tú, adorable, graciosa, casi infantil, rosada y pícara, española y parisiense, que entrecierras los ojos a través de tus espejuelos; tú, «*petite pensionnaire*» cuyo traje desciende mientras tu beldad aumenta; tú, señora, hermosa entre las hermosas, reiná de quien fuera paje un príncipe; tú, quince años, paloma, lirio, estrella de juventud; tú, perla, conquistadora de almas, que tras las rejas de bronce del deber, demuestras tu bello oriente y tus irresistibles atracciones; tú, botón de rosa, y tu prima, rosa intacta y primaveral; y itú...!; tú, ante quien siento el sagrado terror de la belleza, a quien no se puede ver frente a frente, y cuyos ojos tienen el prestigio formidable de los hondos abismos...

*

CUANDO la noche llega, se cierra el Parque. Queda en silencio, lleno de la sutil y aromada emanación de tantas flores vivas. Y al

amanecer Dios, cuando llega el jardinero, colibríes y abejas recorren con afán las avenidas, todavía embalsamadas por el suave estuivo, y se hacen en su desolación esta pregunta:

—¿En dónde están las corolas que han esparcido en este recinto tan inefable perfume?

(*Diario del Comercio*, 23-xii-1891).

La mascarada

EL desfile empezá, y la muchedumbre se amontona para ver pasar la extraña compañía.

En todas partes el pueblo ama ciertas representaciones de lo grotesco, fantásticas, cómicas, ridículas o macabras: animales, monstruos, o tipos humanos contrahechos o parodiados.

Nuestro pueblo tiene sus figuras predilectas, en las cuales hay reminiscencias o similitudes con otras de distintas civilizaciones y lejanos países.

Ved ese horrible enmascarado, semi-diablo y semi-gnomo, que a su paso por las calles persigue a los niños amenazándoles con su fusta. Hace recordar al histrión de la fiesta pagana que iba dando golpes con una vejiga

inflada o a aquel que llevaba la correa de piel de macho cabrío y ante quien las mujeres que querían ser fecundas, para recibir el golpe, presentaban el vientre.

Ese otro que hace gestos bajo su antifaz chocante y cómico, trae a la memoria el turco gherouze. Junto a él va un grupo diabólico digno de las carnavalescas pompas españolas.

El conjunto de negros, es una viva caricatura que parece calcada en los christie-minstrels de los yankees.

Esa sirena fea y desgarbada, pone en nuestra imaginación aquellas que en carne y hueso, iban cerca de la galera de Cleopatra, cuando su entrevista con Antonio. Dice Plutarco que asistían a la reina de uno y otro lado, «muchachitos parecidos a los amores que vemos pintados» y que «tenía asimismo cerca de sí, criadas de gran belleza que representaban a las nereidas y a las gracias».

¿El toro guaco no es el Minotauro?

Creta tenía este monstruo, como Nemea su león, Erimanto su jabalí, Lerna su hidra,—de la cual se derivan, según el gran Hugo, la Gárgola de Rouen, la Gra-ouilli de Metz, la Chair-sallée de Troyes, la Drée de Montlheri y la Tarasca de Tarascón.

La india emplumada, con las piernas des-

nudas, es el eterno recuerdo de nuestros tiempos primitivos. Va en la volante, acompañada de una parodia de caballero, por el espíritu de burla y antipatía que existe en las clases humildes para con la aristocracia. A veces se miran algunos disfraces que recuerdan la farsa italiana.

El que lleva el vestido de todos colores y el rostro pintarrajeado, no es si no una degeneración salvaje de Arlequín. Otro hay que se asemeja a Pulchinela.

Pero sobre todo, hay grandes analogías entre muchos de estos «mantudos» y las mascaradas asiáticas. ¿Recordáis las fiestas nocturnas en que estuvo Loti con su japonesita Chrysentheme?

¿La «giganta» y el hombre con los zancos, tendrán origen en los gigantes antiguos? En varias partes de América se conocen los mismos figurones. Juan Montalvo nos habla de la «Mama Giganta» del Ecuador.

Estudio curioso sería el de las farsas americanas: principalmente los títeres, las mascaradas, y los bailes indígenas.

En estas procesiones de las fiestas, se advierte el espíritu satírico popular.

La charanga va tocando sonos acompasados y vulgares; al són baila el que va disfrazado

de señorita y el *gentleman* de las barbas rojas.

La gritería de los muchachos sigue a la alegre procesión, y por las ventanas y balcones se asoman a ver pasar a los farsantes, las lindas damas.

(*Diario del Comercio*, 6-I-1892.)

Fugitiva

Buenos Aires, 1887.

PÁLIDA como un cirio, como una rosa enferma. Tiene el cabello oscuro, los ojos con azuladas ojeras, las señales de una labor agitada, y el desencanto de muchas ilusiones ya idas... ¡Pobre niña!

Emma se llama. Se casó con el tenor de la compañía, siendo muy joven. La dedicaron a las tablas, cuando su pubertad florecía en el triunfo de una aurora espléndida. Comenzó de comparsa; y recibió los besos falsos de los amantes fingidos de la comedia. ¿Amaba a su marido? No lo sabía ella misma. Reyertas continuas, rivalidades inexplicables de las que pintaría Daudet; la lucha por la vida, en un campo áspero y mentiroso, el campo donde florecen

las guirnaldas de una noche, y la flor de la gloria fugitiva; horas amargas, quizá semiborradas por momentos de locas fiestas; el primer hijo; el primer desengaño artístico; el príncipe de los cuentos de oro, que nunca llegó!; y en resumen, la perspectiva de una senda azarosa, sin el miraje de un porvenir sonriente.

*

A VECES está meditabunda. En la noche de la representación es reina, princesa, Delfín o hada. Pero bajo el bermellón está la palidez y la melancolía. El espectador ve las formas admirables y firmes, los rizos, el seno que se levanta en armoniosa curva; lo que no advierte es la constante preocupación, el pensamiento fijo, la tristeza de la mujer bajo el disfraz de la actriz.

Será dichosa un minuto, completamente feliz un segundo. Pero la desesperanza está en el fondo de esa delicada y dulce alma. ¡Pobrecita! ¿En qué sueña? No lo podría yo decir. Su aspecto engañaría al mejor observador. ¿Piensa en el país ignorado a donde irá mañana; en la contrata probable; en el pan de los hijos? Ya la mariposa del amor, al aliento de Psiquis, no visitará ese lirio lánguido; ya el príncipe de los cuentos de oro no vendrá; ¡ella está, al menos, segura de que no vendrá!

*

¡OH TÚ, llama casi extinguida, pájaro perdido en el enorme bosque humano! Te irás muy lejos, pasarás como una visión rápida; y no sabrás nunca que has tenido cerca a un soñador que ha pensado en ti y ha escrito una página a tu memoria, quizá enamorado de esa palidez de cera, de esa melancolía, de ese encanto de tu rostro enfermizo, de ti en fin, paloma del país de Bohemia, que no sabes a cual de los cuatro vientos del cielo tenderás tus alas, el día que viene!

(*Diario del Comercio*, 19-I-1892).

Enriqueta

Página oscura

ESTÁ agonizando la pobre niña, no lejos de mí. Ayer no más, la he visto en el Colegio de Sión, morena entre las blancas, humilde entre las orgullosas, pequeña entre las opulentas. Pero tenía suavidad natural, inteligencia vivaz; y una de las buenas religiosas

me habló con amor y entusiasmo de aquella tierna esperanza.

Está agonizando. La fiebre la quema y la martiriza; y en tanto que le emblanquece el rostro, le pone las manos convulsas. Vengo de verla: ¡qué dolor da al alma ese cuerpecito que padece! Cuerpo de doce años, que acaba de recibir el primer halago de la pubertad; alma de doce años que acaba de sentir dos cosas divinamente incomparables: ¡la ilusión y la fe!

*

EN MEDIO del paraíso del ensueño, la sorprendió el pálido espíritu del sepulcro. ¿Se la lleva Dios porque la prefiere? El verso pagano y la creencia católica se juntan en mi mente. ¡La muerte es tan terrible cuando llega delante del sagrado candor de la florida juventud! La edad de doce años la conoce Céfito, la conoce Psiquis. Es la edad en que florece el primer botón del limonero. La paloma que vuela por primera vez es hermana de la niña que cumple doce años.

*

¡LA NIÑA se muere! La madre está llorando. Dice: «¡Ay mi hijita!» y se le desgarran el co-

razón. No puedo poner artificiosas frases en este artículo.

No puedo hacer prosa que no me salga de lo hondo del corazón.

Lo que escribo ahora es lo que miro y lo que siento. Sufro con la desgraciada mujer que ve a su niña lívida y agonizante; sufro con los que la ven morir, sufro por ese capricho de la suerte, que corta una flor nueva para echarla al negro río que no se sabe a dónde va!

*

PERO todo poeta—si no la tiene, debe robarla—posee la fe sublime y admirable. Y yo, el último de todos, pongo, cuando muera esta inocente, en su tumba, las flores de la Esperanza; que brotaron por la primera vez en el paraje donde se plantó la Cruz de Cristo!

(*Diario del Comercio*, 26-I-1892).

Don Pedro

AL caer Don Pedro en la tumba, no puedo menos que recordar al poeta:

O, soleils disparus derriere l'horizon!

El anciano imperial ha desaparecido con la majestad luminosa de un sol que se pone. Tal debía ser la partida a la eternidad, del último de los Marco Aurelios. Con algo del burgrave huguesco y del patriarca bíblico, heroico y sacerdotal, imponente y sencillo, aún más grande en su destierro que sobre su trono; lleno de gloria y vejez, duerme el último sueño en la tierra de Francia, y al cerrar sus ojos conmueve el mundo.

Arrojado de su imperio por una revolución quizá demasiado prematura, muere amando al Brasil, su país de sol y de diamantes, donde libró a los negros, donde su pueblo le amaba, donde bajo su cetro suave, la libertad tendía sus alas, tan blancas como su regia barba de

nieve. Muere amando su gran país brasileño, cuando éste se ensangrienta en lucha de hermanos y hay muchas miradas que se vuelven al lado de Europa, a ver si aparece, de retorno, el barco que traiga en el más alto mástil, el pabellón del Imperio!

Hijo de un monarca de suyo batallador y enérgico, que salió del Palacio de Queluz a comenzar su vida de inmigraciones y de luchas; sube al trono por abdicación de Pedro I, que en el Portugal y en el imperio americano dejó la corona en la frente de dos vástagos suyos. Y desciende, al impulso de una democracia fogosa que lleva a Río Janeiro y a Petrópolis el gorro encarnado. Mientras estuvo a la cabeza de su pueblo, fué abnegado, generoso, progresista, blando, paternal. El, el Braganza del armiño y del cetro, ayudó a los que en la república vecina combatían la tiranía de Rosas, y a los que hicieron caer a López en el país paraguayo; él, en la nación brasileña, dió el ejemplo de un rey que trabaja por el triunfo y extensión del sufragio popular; dió la libertad de vientres, y unió sus esfuerzos a los que borrarón del suelo del Brasil la mancha de la esclavitud.

Llega por el estudio a la sabiduría. Nacido para la verdad y para el arte, penetra en las

matemáticas, se convierte en polígloto, sabe de los astros y de la medicina; conoce todas las literaturas y gusta de la amistad de sabios y de poetas. Quizá entonces, cuando él se entrega a sus meditaciones o nobilísimos y elevados ensueños, el elemento gárrulo y peligroso de su corte forma con sus imprudencias o con sus audacias, algo que debe influir más tarde en el espíritu de la revolución. Don Pedro hace, si no amar la monarquía, respetarla. Cuando viaja por Europa, frecuenta la casa de los hombres de ciencia y de los literatos. En la Academia de Ciencias, donde tenía su asiento, firmaba: Pedro de Alcántara. Cuando visita a Víctor Hugo, prodúcese el encuentro del águila imperial y del águila lírica. Sólo que se junta lo grandioso con lo sencillo; y a veces las dos testas coronadas—una de oro, otra de laurel, ambas de gloria,—llegan a la más franca y admirable familiaridad burguesa. Luis Blanc escribió esa página, repetida después por cien escritores. Primero, el poeta entre humilde y desdinoso; el Emperador sonriente y terco; la entrevista; los dos abuelos que hablan de sus nietos; las frases que llegan a ser históricas, y la escena adorable con Jorge y Juana. Y a la despedida, las palabras que el gran demócrata dirige al gran monarca:

—«Deseo, señor, que los demás soberanos no se parezcan a vos; porque si ellos se os asemejasen, no podríamos hablar nada en su contra, y retardarían el advenimiento de la República Universal». Recorría Europa sin pompa, pero era seguido de la admiración y del carifio de todos. El hombre del manto y del cetro, paseaba en fiacre, y con su terno oscuro y con su sombrero «plume», iba por calles y plazas como cualquier modesto propietario. Cuando volvía a su palacio de Petrópolis, o a su mansión de Río, traía nuevos motivos de estudio. Quizá era demasiado sabio para ser hombre de estado. Quizá era demasiado poeta para ser buen gobernante. Cuando el Ministro chileno Santa Cruz visitó su gabinete de trabajo, encontró en la mesa de Don Pedro un tomo de poemas indios, escritos en lengua sánscrita, y anotados por el emperador. Un día, en tiempo que yo trabajaba en la redacción de *La Epoca* de Santiago de Chile, publicóse en número del domingo, un retrato de Don Pedro, con un corto artículo alusivo. Nuestro Director, Eduardo Mac-Clure, envió a don Pedro un ejemplar y una carta de ofrecimiento. La respuesta imperial fué galante y bondadosa, y el poeta anciano y nobilísimo nos envió para el periódico, una traducción

portuguesa suya, de la oda de Manzoni, *Al 5 de Mayo*, verdaderamente magistral. Su última obra, ha sido anunciada por el cable, no ha mucho tiempo; es la traducción al portugués del original arábigo de las *Mil y Una Noches*.

Le arrojó del trono la ingratitud...; talvez necesaria, por ley del humano derecho, y por evolución incontrastable. Y aquel soberano, filósofo y pensador como el gran estoico de la Roma antigua; sacerdote tal como Carlomagno; que rimaba como Alfonso de Aragón, y cuyos hermanos en la historia son Federico de Alemania y Pedro de Rusia, fue a aumentar el catálogo de los reyes en el destierro... No de aquellos retratados en las acuarelas y aguas fuertes de Alfonso Daudet; mas de los desterrados, como Lear, por los ingratos; de los que llevaron su barba luenga y nevada, venerables y nostálgicos, en medio de la tempestad de su destino. Sus frases brotaban, aquilatadas y lapidarias bajo sus bigotes canos. Un periodista que le vió en Lisboa, dice de él, conmovido: «Tiene aire de santidad: más parece un sacerdote que un estadista». Y cuando habla en su ostracismo, dice don Pedro: «Tengo resignación, aguardo tranquilo». «Han hecho conmigo una injusticia, pero está hecha y he-

cha quedará». «Si soy un inconveniente para el bien de la patria, quedo resignado y gustoso en el destierro». «Soy hombre de hechos, no de palabras».

Soporta su desgracia con estoicismo antiguo. Parte. Le acompañan hijos, nietos; doña Teresa Cristina de Borbón, Luis Felipe de Orleans, el semisordo Conde de Eu, nota antipática de su familia, para los brasileros, Doña Isabel, el Príncipe del Gran Pará, Luis, Antonio y Pedro, niños; y el joven príncipe Pedro Augusto Saxe Coburgo Gotha,— el rubio que recibió en Valparaíso las más ardientes ovaciones, y al que perseguíamos sin descanso periodistas y curiosos. El anciano idolatraba a sus nietos.

Se refugiaba en su ciencia, en su arte y en su familia. Iba a San Remo, a París, a Versalles, a Bélgica. En San Remo versificaba y meditaba; en París asistía al Observatorio, o al Instituto; en Lovaina se encerraba a trabajar con el ingeniero Vanensterden. Cargado de años y achacoso, persiste en sus tareas y aficiones con el entusiasmo de un joven. Sube a la Torre Eiffel y estudia meteorología; va al Trocadero y demuestra ser etnólogo consumado; y en el museo pictórico de Versalles da vuelo a su crítica artística. Un día ve París

en un gran centro público a un árabe, con su blanco albornoz, su rostro de bronce, sus negros y vivos ojos. Es el sheik Abu-Naddara que cuenta al parisiense cosas y hechos de su país oriental; es el amigo de Arabi-Bajá, que en la gran ciudad, da conferencias. Y el viejo que, majestuoso como un pontífice y extraordinario como un profeta, le presenta al público, es don Pedro de Braganza, el postrero de los emperadores del Brasil.

La muerte le hizo descansar al fin. Encontróle en la labor y en el país de Francia, que le comprendía, amaba y admiraba. El Gobierno francés, republicano, le decreta honras imperiales. El cable, siempre seco, envía al mundo este gemido, esta noticia, húmeda de lágrimas, como el final de un drama: «Un negro brasileño cayó de rodillas a un lado del cadáver y llorando a gritos, dijo:—¡Pedro! ¡Padre mío! Se te desterró porque eras bueno con nosotros los negros».

¡Poco mármol tenéis, oh republicanos brasileños, para labrar estatuas y monumentos que glorifiquen la memoria de vuestro viejo emperador, quien en una inacabable aurora de esplendor triunfal, será admirado en la historia humana como el último de los Marco Aurelios!

(*Diario del Comercio*, 11-XII-1891.)

Versos Nuevos

El clavicordio de la abuela

A JULIÁN DEL CASAL.

En el castillo, fresca, linda,
la Marquesita Rosalinda
mientras la blanda brisa vuela,
con su pequeña mano blanca,
una pavana grave arranca
al clavicordio de la abuela.

*

¡Notas de Lully y de Rameau!
Versos que a ella recitó
el primo rubio tan galán,
que tiene el aire caprichoso,
y que es gallardo y orgulloso
como un mancebo de Rohan.

*

Va la manita en el teclado
como si fuese un lirio alado
lanzando al aire la canción,
y con sonrisa placentera
sonríe el viejo de gorguera
en los tapices del salón.

*

En el tapiz está un amor,
y una pastora da una flor
al pastorcito que la anhela.
Es una boca en flor la boca
de la que alegre y viva toca,
el clavicordio de la abuela.

*

Es una fresa, es una guinda;
los labios son de Rosalinda
que toca y toca y toca más.
Tiene en su rostro abril y mayo;
en su mirada brilla un rayo;
con la cabeza hace el compás.

*

¡Qué linda está la^{ra} marquesita!
Es una blanca margarita,
es una rosa, es un jazmín.
Su^{ca} cabellera es^{un} tesoro;

si ríe brota un canto de oro
en su reír de querubín.

*

El cielo tiene sobre el traje;
si hay una nube es un encaje,
espuma, bruma, suave tul;
como ella es blanca y sonrosada,
y de oro puro coronada,
¡que bien le sienta el traje azul!

*

Ella hacia un lado inclina suave
la cabecita, como un ave
que casi va, que casi vuela;
y alza su mano el son sutil,
de la blancura del marfil
del clavicordio de la abuela.

*

La niña dulce cual la miel,
canta a compás rondó y rondel,
canta los versos de Ronsard;
y cuando lanza en su clamor
los tiernos versos del amor,
se pone siempre a suspirar.

*

Amor sus rosas nuevas brinda
a la marquesa Rosalinda
que al amor corre sin cautela,
sin escuchar que en el teclado
canta un amor desengañado
el clavicordio de la abuela.

*

¡Amar, reír! La vida es corta.
Gozar de Abril es lo que importa,
en el primer loco delirio;
bello es que el leve colibrí
bata alas de oro y carmesí
sobre la nieve azul del lirio.

*

Y aunque al terrible viaje largo
empuja el ronco viento amargo
cuyo siniestro nombre hiela,
bien es que al pobre viajador
anime el vivo son de amor
del clavicordio de la abuela.

(*Diario del Comercio*, 24-xii-1891).

Versos de Año Nuevo

Los regalos de Puck

Puck se despierta. Y se encanta
y se retuerce de risa,
porque el alba se levanta
en camisa...;

Y muestra, al salir del lecho,
descuidada y perezosa,
en la pierna y en el pecho,
nieve y rosa.

Como un mirlo lechuguino
mira a Puck que se divierte,
le reprende de esta suerte:
—¡Libertino!

Puck no chista; disimula,
y se lanza a la pradera
cual si fuese una ligera
libelula.

Como duende alegre y rico
los regalos de año nuevo
va a buscar Robin, Buen Chico.
Del renuevo

De un rosal donde se posa,
va a una rama verde y fresca
donde está una mariposa
pintoresca;

O a los ámbares y granas
de las rosas soñolientas;
se detiene en las gencianas
y las mentas;

Y extremece cuando vuela
los retoños de una caña,
o da un salto por la tela
de una araña;

O en la copa de un clavel
se mece y hace enseguida
de una hoja recién nacida
su escabel.

Y después el duende vuela
con sus alas sonrosadas
a vaciar donde las hadas
su escarcela.

Compra un collar de coral
que sobre una hortensia brilla,
y compra una gargantilla
de cristal,

Que cuenta a cuenta se enreda
al borde de una hoja fina;
y compra a un gusano, seda
de la China;

Adquiere de un moscardón
un ala, limpia y hermosa,
flabel que dará a la esposa
de Oberón.

Para tapiz compra el buche
de un ligero colibrí,
y a una granada un estuche
de rubí;

A un rosal una guirnalda
que aromó la primavera;
a una juncia una pulsera
de esmeralda.

De una paloma pretende
los zapaticos Luis-quince,
pero la paloma es lince:
no los vende.

Una azucena gentil
le ofrece un áureo alfiler,
y una abeja un *neceaire*
de marfil.

Y entre amapolas sangrientas,
y entre pájaros vibrantes,
Puck va con joyas y cuentas
y diamantes,

De tal modo y con tal bulla,
que de un árbol de limón
le lanza, al paso, una puya
un gorrión.

Fué de vuelo Puck. De pronto
a Colombina encontró;
y junto a ella, hecho un tonto,
a Pierrot.

Colombina sonreía:
y la cara de Pierrot
decía tristeza, no
picardía.

Dice a Puck: —¡Merezco un palo!
¡Al nido de ella no llevo,
la mañana de año nuevo,
ni un regalo!

Perlas le dará Arlequín,
 oropeles Pantalón,
 y le dará una canción
 Querubín.

(Cerca están unas violetas
 que oyen a las tarambanas.
 ¡Cómo se ríen con ganas
 las coquetas!)

Puck dice: —Ten tú presente:
 en amores, ipaso a paso!
 Y no hay que hacer mucho caso
 de la gente.

Si perlas le da Arlequín,
 hoy tú, cuando nace el día,
 repítele: —«¡Linda!» sin
 cortesía.

Si oropeles Pantalón,
 lánzale tú una mirada
 que lleve encendida, alada,
 tu pasión.

Y si Querubín travieso
 le canta dulces amores,
 tú, llévala entre las flores,
 ¡dala un besol!

Vuela Puck. Mil besos hay
 en las brisas indiscretas.
 Y se quejan las violetas
 estrujadas: —¡Ay, ay, ay!

(*Diario del Comercio*, 19-1-1892.)

Rimas

I

Hay un verde laurel. En sus ramas
un enjambre de pájaros duerme
en mudo reposo,
sin que el beso del sol los despierte.

Hay un verde laurel. En sus ramas,
que el terral melancólico mueve,
se advierte una lira
sin que nadie esa lira descuelgue.

¡Quién pudiera al influjo sagrado
de un soplo celeste,
despertar en el árbol florido
las rimas que duermen!

Y flotando en la luz el espíritu,
mientras arde la sangre en la fiebre,
como «un himno gigante y extraño»
arrancar a la lira de Bécquer!

II

Llegué a la pobre cabaña
en días de primavera,
la niña triste cantaba,
la abuela hilaba en la rueca.
—Buena anciana, buena anciana,
bien haya la niña bella
a quien desde hoy amor juro
con mis ansias de poeta.
La abuela miró a la niña,
la niña sonrió a la abuela.
Fuera volaban gorriones
sobre las rosas abiertas.

Llegué a la pobre cabaña
cuando el gris otoño empieza.
Oí un ruido de sollozos
y sola estaba la abuela.
—¡Buena anciana, buena anciana!
Me mira y no me contesta.
Yo sentí frío en el alma
cuando vi sus manos trémulas,
su arrugada y blanca cofia,
sus fúnebres tocas negras.
Fuera las brisas errantes
llevaban las hojas secas.

III

Tenía una cifra
 tu blanco pañuelo,
 roja cifra de un nombre que no era
 el tuyo, mi dueño.
 La fina batista
 crujía en tus dedos.
 ¡Qué bien luce en la albura la sangre!...
 te dije riendo.

Te pusiste pálida,
 me tuviste miedo...
 ¿Qué miraste? ¿Conoces acaso
 la risa de Otelo?

(*Diario del Comercio*, 7-II-1892).

NOTA.—Con nuestro don Justo A. Facio, redactó Darío los primeros 72 números del *Diario del Comercio*. El 19 de marzo de 1892 se retiró Darío de la Redacción.

Otro libro

RUBÉN DARÍO tiene en prensa un nuevo libro que se intitulará «Rojo y Negro». Esta nueva producción es del género de las *Catilinarias* y la *Mercurial* de Juan Montalvo. Va enderezada esta nueva producción del notable escritor nicaragüense contra un periodista de su tierra que le ha inferido muchos agravios. Ojalá que ese nuevo libro no le traiga sin-sabores al amigo don Rubén.

(Del *Diario de Centro América*. Guatemala.)

Señor Redactor del *Diario de Centro América*.

Mi distinguido amigo:

ROJO Y NEGRO, nuevo libro mío a que el *Diario* se refiere en su número de ayer, no contendrá ningún ataque personal. Se compone de una serie de estudios sociológicos, literarios y artísticos. Si en él se tratara de algún periodista centroamericano, será únicamente en el terreno de las ideas y en la parte del libro dedicada a la América Española.

La obra iba a ser impresa en Guatemala; pero ahora puedo asegurar a Ud. que se publicará en Nueva York.

Siempre de Ud. amigo afectísimo

RUBÉN DARÍO

Guatemala, 30 de julio, 1891.

Páginas de un libro inédito

(Rojo y Negro)

CENTRO AMÉRICA, tierra caliente, es país de poderosas imaginaciones y grandes talentos. Eso no es herencia de España, sino fruto del sol y del continente. La cultura que vino con los conquistadores fué poca y como debía ser traída por hombres guerreros, gentes de campaña y conquista. Del indio queda el fuego, la savia sana, lo que desde viejos tiempos él aprendió junto a sus maizales y cañas salvajes, de los espíritus del bosque y de la montaña.

El español nos dió la lengua, el bautismo, la gota de tintura blanca que a algunos nos colorea la piel. Cuando fuimos independientes nos quedamos con lo malo de los españoles y plantamos el famoso «árbol de la libertad», el cual nos ha dado madera suficiente para incon-

tables patíbulos, horcas y cuasi tronos. Sería curioso para un estadista, un cálculo demostrativo de lo que hubiéramos adelantado, dado el caso de que España no hubiera perdido el dominio sobre sus tierras de América. La América Española, literariamente, depende todavía de España. La Academia es la Santa Sede de las letras castellanas. El conde de Chestre es el Papa. Unos cuantos académicos correspondientes, esparcidos entre nosotros, desempeñan el papel de obispos sin feligreses. En Nicaragua no hay ninguno y es ya tiempo que nombren uno *in partibus in fidelium*.

En Centro América no ha habido jamás cultura intelectual. En tiempos pasados aparecen algunas cuantas personalidades en ciencias o en artes, que van a la cabeza. Han surgido sobre todo en Guatemala. Y es porque ha sido siempre Guatemala, el lugar donde han ido a beber luz todos los sedientos de las cuatro restantes repúblicas centroamericanas.

De allí salió con su aureola de hombre ilustre Larreynaga, el hijo del pueblecito de Telica; Valle, el sabio; Barrundia, el lírico orador. Pero cultura en la nación, cultura en la sociedad, no ha habido nunca. A veces surge un grupo de aficionados en ciencias o en

letras, da un paso, pero le detiene la oscura pesadez que les rodea. Los que cultivan la historia hacen como si tuviesen un huerto prohibido, porque partidos y gobiernos les acosan, les persiguen.

El primero de los historiadores de Nicaragua es Jerónimo Pérez. Pero es inculto, escribe en una lengua casi bárbara, pretende a veces intercalar versos en sus narraciones, no como Plutarco, ajenos, sino propios y absolutamente detestables. Lo que no obsta para que casi siempre sea servidor de la verdad y no deje estallar su pasión sino muy rara vez, a pesar de que sus enemigos afirman lo contrario.

Marure es el cronista ameno, severo, correcto; contempla, examina, admira, hace su loa, o censura. Está sobre él todavía el inmenso aliento de la colonia. Milla va después de él. Menos historiador que escritor de ingenio, anteponiendo su creencia a su juicio, límpido en el decir, como que su estilo es corriente de agua pura y cristalina, narra con tranquila amenidad en la parte incompleta que nos quedó de su historia. Don Manuel Montúfar en sus memorias es ingenuo, firme, sincero. Ayón el nicaragüense, dejó en los dos tomos de su historia, una obra de estilo

antes que todo. Don Lorenzo Montúfar ha escrito más que nadie, es el más culto y más áspero de los historiadores. Ante estas palabras él puede recordarme que entre muchos, para Stendhal y para Musset la verdad es áspera. Montúfar cuando escribe, lo hace a cortos golpes. Suena el caer de la hoz y queda el montón de espigas. Forma graderías con sus frases y por los escalones de palabras conduce al santuario de La Libertad.

Don León Fernández y Manuel María Peralta ahondan la mina de los archivos y ponen el tiempo viejo, con manera correcta y con observación atinada, a la vista de las nuevas generaciones.

Estos son de los que en Centro América han sido conducidos por la musa de la historia. Ellos aparecen como árboles en el extenso desierto. Son de lo escasísimo que podemos presentar al mundo como muestra de nuestra civilización. ¡Poetas!... De los españoles nuestros maestros, se atrevió a decir un escritor francés que todo lo producido por ellos es sólo para cantado con acompañamiento de castañuelas. Y de los nuestros ¿qué se podría decir? Sin escuela, sin tradiciones literarias de ninguna clase, está a este respecto la América Central en un grado inferior al en que se halla el resto

de la América Española, sin que por esto no pueda enorgullecerse, por ejemplo, de Batres y de Gavidia, altos entre los primeros poetas de la América. Pero en general, solfa pura! Música para guitarra y marimba; odas de cartón piedra, imitadas de las pomposas e infladas muestras españolas de los poetas de principios de siglo; «suspirillos germánicos»; futezas adoloradas; profanaciones de la manera poética de Nuñez de Arce; en resumen, nada, nada y nada. Crítica... Desde la conquista hasta nuestros días, ni un sólo crítico, y perdóneme el espíritu de don Ignacio Gómez. El árcade Clitauro Itascense es el único que apenas puede ser nombrado a este respecto.

Hemos tenido, sí, y en abundancia, dómines pedantes, bachilleres atrevidos; vejigas de ignorancia que revientan de admiración o de envidia. Un amigo mío, muy inteligente, dijo una vez: En Centro América la llamada crítica, o quema incienso o escupe el rostro. La fama que en Centro América y sólo en Centro América, tiene Enrique Guzmán está basada en su formidable, asombrosa, aterradora crítica! ¡Dios mío! a su lado sólo Taine, Bourget, Valera, Clarín...

En Nicaragua sobre todo; entre los trescientos mil habitantes de la República, hay

una multitud que no discute a Guzmán. «¡Oh, Enrique... gran cosa! ¡Nadie como él!» Y se les cae la baba.

¡Brutos!

(*La Prensa Libre*, 6-IX-1891).

Los presidentes en el destierro

CONVERSANDO una vez con un joven escritor de gran talento, vinimos a parar la atención en la célebre novela de Alfonso Daudet, *Les rois en exil*. ¡Ah, mire usted! exclamó mi brillante amigo: qué novela escribiría un Daudet latino-americano con este precioso título: *Los presidentes en el destierro*.

En efecto, esa observación es vivamente atinada. Me he llegado a imaginar la curiosa obra, realizada por algún cerebro vigoroso y de artista; bien impresa, como por una casa como la de Guillaume; y allí, en llamativos y excelentes fotograbados, ciertos talantes, ciertas caras, ciertas escenas... Sería, deveras, una novedad, un triunfo, en el mundo de la publicidad; se traduciría el libro, se popularizaría;

y nuestras repúblicas se pondrían de moda; pues el desfile, de figuras sería en extremo tentador para la curiosidad del gran público universal. ¡Imaginaos! Junto a los grupos trágicos, las alegres y ridículas mascaradas. Ya una espada sangrienta, ya un bufo mandarín digno de la opereta, ya un hombre ilustre caído, ya Claudio, o Nerón, o Cetiwayo. También hermosas y espléndidas figuras. Algunas simpáticas, regias, simples o insignificantes. Hay de todo en la larga colección. Ora dramáticos, ora cómicos; la muchedumbre de personajes es crecida y varia. Yo no haré aquí sino escoger algunos pocos, como un pintor que al paso de una procesión o cabalgata, tomase apuntes.

I

ROSAS es el primero.

Manuelita Rosas está unida al nombre de su padre. Cuando la suerte abandonó al grosero y excéntrico tirano, a quien azota eternamente la historia, fué a parar a Southampton, donde se tornó en una especie de misántropo. Parece que llegó a cultivar un tanto su cabeza de gaucho salvaje. Manuelita lo acompañaba en su destierro. La hija del terrible dominador de Buenos Aires, se une en matrimonio con un noble inglés y he ahí mezcladas en un

mismo vaso la sangre del caballero británico con la del hombre de las pampas. Manuelita se convierte en lady. Rosas va, en sus paseos solitarios, a la orilla del áspero mar, y cruzado de brazos, cuando pasa agitando sus cabellos el gran viento del cielo, piensa en aquella tierra que está allá, muy lejos; en aquella patria cuyo cuello encadenó; en aquel país argentino donde sintiera el soplo del pampero y el ruido amenazante de la Libertad, que al fin, con sus alas poderosas, derribó el trono del rey grotesco. Gusta de los caballos y de los carneros. Admira los grandes percherones y discute con los entendidos, de los Durham y de los Yorkshire. El sangriento Arlequín tiende a la naturaleza. Se atreve a leer y a escribir y no puede nunca llegar a comprender la ortografía. Un viajero vió en su salón la piel de un enorme tigre. Quizá la del que, vivo, recorría la casa de Gobierno, a las orillas del Plata. Viejo, el ex-gaucho y ex-autócrata, en suelo extranjero, en medio de la vida inglesa, vive con su recuerdo, o quizá dando al olvido la época pasada de sus funestas tiranías. Podría olvidar... Pero, ¡ah! un día, delante de ese mismo azul y profundo océano que contempla, quiere cubrir con un velo, con una losa, con una sombra espesa e impenetrable, el abismo

de su memoria, y no le es posible. Cada vez que lo intenta, se estremece y torna a quedar abrumado y pensativo. Siente que algo formidable y centellante se cierne encima de su frente. Y es la verdad: son las estrofas de Mármol, que pasan volando amenazantes sobre su cabeza, como una banda de águilas furiosas.

(*La Prensa Libre*. 12-IX-1891).

Viaje a Tarascón

HE DICHO Tarascón. Explicaré. Existe un Tarascón como el de Tartarín incrustado en Nicaragua. En aquel país de ardiente sol, de tierra tropical, la imaginación tiene singular desarrollo...; las cigarras abundan y pueblan el cálido ambiente de las siestas con sus ruidos estridentes. El sol influye en las cosechas de maíz, como en la propagación del plátano y en las elecciones... Sobre todo, en la política! ¡Oh hermosa y caliente patria donde he nacido! Su clima es sano, su buen pueblo es patriota y exaltado, sus mujeres son llenas de gracia natural y de patriarcal virtud; su naturaleza es espléndida y varia. Digna de buena suerte es la nación nicaragüense, pero ¡Té!

de pronto, cuando menos se piensa, aparece el émulo de los hijos de Tarascón. En Nicaragua he conocido a Tartarín, al bravo comandante Bravida, a Pascualón, al boticario Bezuquet, a Costecalde; se han publicado, y yo he sido colaborador, de varios *Semáforos*... Y en cada una de las ciudades existe el famoso jardín de baobab. ¡Y los cazadores de gorras! ya os lo he dicho: yo mismo lo fui en aquellos buenos tiempos de mi primera juventud.

Bajo aquel tórrido sol se piensa como los tarasconeses, y se escribe como hablan los fidalgos portugueses de los chistes, y los visires orientales de los cuentos.

A Nicaragua se la llama *La Suiza de Centro América*, (Ahora creo que han dejado de llamarla así). Granada es *La Sultana del gran lago*; Managua, *La ciudad de las flores*; León, ien donde está la Catedral! es la «*Metrópoli*». A una señorita nicaragüense se le dice «ninfa de los lagos»; un médico es «un discípulo de Hipócrates»; lo cual también se ocupa a un curandero; un matasiete, con galones, es «un bravo león»; un poeta, «un genio»; un poetrastro, «inspirado vate», un Enrique Guzmán, «un Cervantes».

Aman la exageración hasta la extravagancia—y aquí de Grantaire:... «una cocina es un laboratorio, un bailarín es un profesor, un

saltimbanquis es un gimnasta, un luchador a puñetazo es un pugil, un boticario es un químico, un peluquero es un artista, un albañil es un arquitecto, un jockey es un sportman, un escarabajo es un coleóptero». Pero allá, entre esa gente sencilla, honrada, laboriosa, amante de la luz del cielo y de la libertad del pueblo, no creais que todo implique malas causas; no, la única es el sol; la misma que hacía ir a matar leones africanos y a escalar los Alpes al inmortal Tartarín, sublime nieto de don Quijote!

Por supuesto que hay en Nicaragua un bravo grupo de inteligencias,—sobre todo entre la juventud,—que saben: que la venerable culebrina del Cardón no sirve para maldita la cosa; que la catedral de León es un grande, desgarrado y antiestético templo; que Granada no es París, ni Nicaragua Suiza; que las liebres no son gorras; y que Enrique Guzmán es un escritor gracioso, mediano para la América Central y de los que se consiguen a cuatro por perro-chico en Madrid o en Barcelona.

¡Oh, cómo me verán llenos de horror, los adoradores de ese espantajo literario al ver como trato, atrevido iconoclasta, al ídolo de su templo!

(*La República*, 14-IX-1891).

Requiescat

NO ES el viejo verso griego que habla de los que mueren jóvenes, lo que hoy traigo a mi memoria; sino la ley misteriosa y oculta del karma búdico, con toda su profunda fatalidad. Siempre que vemos desaparecer los seres brillantes y fuertes, siempre que nos abisma la noche de la tumba al derramar sus tinieblas sobre algún espíritu que empieza a resplandecer—el eclipse en el orto—nos sentimos sobrecogidos. Los que creemos en algo, temblamos con harta justicia: de continuo el negro sagitario tiene el arco puesto en comba, y apunta a nuestro costado la implacable y certera flecha. ¡Lívido espanto! ¡horror del desconocido sueño! El Jehová de la Biblia habla al trágico Job y le dice: «¿Te han sido descubiertas las puertas de la muerte; y has visto las puertas de la sombra de la muerte?».

*

NO HACE mucho tiempo conocí a Jorge Castro

Fernández, raro espíritu que tenía todos los entusiasmos y generosidades de la juventud, y ninguna nube negra en el cielo azul de su muerte. Nacido en Costa Rica, hijo de un ilustre patricio, había estudiado largo tiempo en las universidades de los Estados Unidos y Europa, donde adquirió una carrera. Volvió a su país. Entró al servicio diplomático. Aquí en Guatemala le hemos visto de Secretario de la Legación que presidía su egregio padre. Retornó a su país. Luego, esto ha sido un soplo! fué a Panamá. Murió.

Yo le lloro porque le amé mucho y fué mi amigo; porque nuestras almas se juntaron en la adoración de unos mismos ideales; porque pude conocer la limpidez, y el resplandor y el vuelo de aquella inteligencia, y la sanidad, frescura y nobleza de aquel hermoso y bravo corazón. Era un alma del más bello oriente. Apasionado y soñador, tenía algo del apóstol y del poeta. En Francia oyó a Renán; en Suiza se incorporó a aquella valiente y ardorosa juventud. Idealista convencido, fué amigo de estos tres escritores y propagandistas, quizá visionarios, tal vez perseguidores de la verdad: la baronesa Adelma de Vay, Sinnet y Papus. ¿Quién puede asegurar bajo el sol que es dueño de la luz?

Partidario de esas poderosas doctrinas que hoy sostiene la mayor parte de la juventud europea—el consorcio íntimo de la ciencia y de la religión, el estudio de la naturaleza, la perfectibilidad progresiva del ser humano,— Jorge tuvo a veces que sufrir los juicios duros, o burlones de los que, apoyados en su ignorancia o en el escepticismo, combatían sus teorías y principios. La afición de Jorge a los estudios filosóficos y teosóficos, fué fomentada en Europa principalmente, por sus tres ilustres amigos que he nombrado arriba.

Estos países pequeños de la América Central, no eran por cierto centro adecuado para un hombre como el que hoy lamento. Hombre joven, vivaz, lleno de aspiraciones, ilustrado, ardiente, decidido, no podía hallar aire para su vuelo sobre nuestros fangales de política liliputiense y de mercantilismo estrecho, en medio de una eterna y cerrada opacidad intelectual.

Era abogado; ¡aquel pensador! Conocía la tierra dura y seca sobre que caminaba; mas sus alientos espirituales le libraban de las espinas de su tierra, y le llevaban muy arriba, siempre arriba, sobre el amor de los astros: en sus contemplaciones hallaba una dulce y consoladora serenidad. Ha muerto.

Tengo la seguridad de que al morir no ha sentido la separación de su planeta. Su fe y su ciencia, le ofrecen una apoteosis y un triunfo, en lo que para casi todos los mortales es misterio, sombra, nada.

Ha muerto en los brazos de su amigo íntimo Eloy Alfaro. El alma heroica ha visto partir el alma lírica y triunfal del joven soñador.

*

DESCANSA, hermano, en la tierra.

Descansa en los brazos de la maternal y fecunda Demeter.

Descansa de los huracanes de la vida.

Descansa de la envidia, de los humanos odios, de las calumnias que atisban y hieren.

Descansa de la sangre y del oro.

Descansa de las injusticias y de las tiranías.

Descansa de las infamias y de las negruras del mundo.

Descanza en paz.

(*La Prensa Libre*, 7-VII-1891).

NOTA.—Véase en la primera parte de *Rubén Darío en Costa Rica*, el artículo titulado «El Doctor Castro». Véase también el capítulo XLVI de *La Vida de Rubén Darío escrita por él mismo*.

Menéndez

Los que vieron la patria bandera
empapada en la sangre de Junio,
los que oyeron vibrar los clarines
en la diana del lívido triunfo;

Los que al vivo relámpago trágico
que recorre la historia del mundo,
vieron lleno de horror a Espartaco
y de duelo al espectro de Bruto;

Los que miran tu límpido nombre
como enseña de honor y de orgullo,
hoy presentan las armas al paso

del arcángel vestido de luto
que es guardián del laürel de tu gloria
en la tierra en que está tu sepulcro.

(*La Prensa Libre*, 7-VII-1891).

Sinfonía

Es la tarde gris y triste,
viste el mar de terciopelo,
y el cielo profundo, viste
de duelo.

Del abismo se levanta
la queja amarga y sonora.
La onda, cuando el viento canta,
llora.

Los violines de la bruma
saludan al sol que muere;
salmodia la blanca espuma
¡miserere!

La armonía del cielo inunda
y la brisa va a llevar
la canción dulce y profunda
del mar.

Del clarín del horizonte
brota sinfonía rara,
como si la voz del monte,
vibrara.

Cual si hablase lo invisible,
cual si fuese el rudo son
que diese al viento un terrible
León.

A bordo del «Barracouta».

(*El Heraldo de Costa Rica*, 21-vi-1892).

Costa Rica

ME pide V., mi querido amigo, mi opinión sobre Costa Rica! Tiene la tierra ubérrima y noble un cielo azul. Los dos océanos mira el explorador desde la cumbre de sus altos volcanes. Da oro y maíz Costa Rica; exporta a barco repleto el banano, saca de la tierra el jugo de la riqueza y adora al buey. Los bueyes de los *ticos* tienen en las puntas de los cuernos, por obra del bizarro lujo campesino, dos esferas de bronce. *¡Hiii!* y *¡jesa!* son las dos palabras sagradas de los hombres del campo. Blancos y hermosos como sajones, los carreteros y los montañeses dan prueba de la gallardía de su raza; siervos de su yunta productora le descascaran la caña de azúcar; le dan al grande y gordo animal en las manos la comida. Y cuando sale de un cortijo, de un caserío, de una huerta, de una chacara, una

jovencita con un cesto en la cabeza, no hay canéfora más linda, ni rosas frescas mejores que las dos rosas de su cara. *¡Hiii!* para que camine el buey sin necesidad del chuzo agudo. *¡jesa!* para que se detenga. Y así como es el costarricense esclavo del pensativo trabajador de cuatro patas, no consiente tiranos de dos. Cuando hay un clarín que suene, dando el alarma de un enemigo invasor, ahí están los soldados del 56, los soldados que lucharon con el yankee; ahí sale de la tropa Juan Santamaría, el humilde glorioso. Porque el costarricense si pelea, pelea por causas nobles. No es aquél un pueblo revoltoso. Las revoluciones turban la faena que enriquece, y los costarricenses no quieren dejar la faena. La carreta de zacate de Tomás Guardia llega cuando debe llegar. Por eso cuando el vapor «viene de Centro América», y hay noticias de las barbasadas de los hermanos, el *tico* se asombra y juzga que las noticias que recibe son cuentos o historias antiguas, de lugares bárbaros o lejanos. Tuvieron un tirano, Guardia: Guardia no derramó una gota de sangre.

*

LA mujer de Costa Rica posee una gracia suya encantadora y atrayente: como tienen la

propia la andaluza, la limeña; como tiene su alta y mágica gracia la divina ciudadana de París. La belleza de la costarricense no es la belleza real de la chilena, ni la belleza marmórea de ciertas guatemaltecas; es una belleza dulce y misteriosa, que arrastra las almas. Es como de marfil, bañada la faz con una suave disolución de rosas. Y las hay de distinto encanto. Guardo en mi memoria una colección de rostros y de cuerpos, que ni si fuese un museo de femeninas beldades. La señora de G. a la cabeza, como una emperatriz. Tiene la hermosura dominadora y es al mismo tiempo dulce como una pastora ideal. Cuando sonrío, su sonrisa es la de las enigmáticas y eternas Giocondas. La señorita A., una parisiencita que hace vibrar a través de los espejuelos la apasionada luz de sus estrellas. Es el fino rostro de una tímida Colombina que tuviese la picardía ingenua. Una niña T., que tiene hermanas esplendorosas y primas guatemaltecas que valen un tesoro. Esa niña es Psiquis. Si Bouguereau pintara una Psiquis, la pintaría igual a esa preciosidad. La señora de J., lo que se llama allá «corronga». Esa palabra rara que parece un arrullo de paloma, quiere decir simpática, adorable; en guatemalteco, «chulfsima». La señorita A. E., que no habla sin que el

rubor llene su faz, un lirio, una perla que a cada instante recibe el beso de luz de una aurora. ¿Cuántas más? Una, tres, cinco, ciento. Costa Rica es el país que en el mundo, relativamente a su población, tiene más mujeres bellas.

*

COSTA Rica intelectual posee más savia que flores. Es un terreno en donde los poetas se dan mal. Un poeta, lo que se llama un Batres, para sólo hablar de Centro América, no lo ha habido nunca, y creo que no lo habrá. Está en el ambiente el mal. En la gran muchedumbre de hombres de letras que ha habido y hay en aquel país, no surge una sola cabeza coronada del eterno y verde laurel. A más de uno de los que han allá escrito versos, lo desollara, como a Marsyas, el airado y soberbio Apolo. Esto no quiere decir que no salude y admire el que escribe estas líneas a tres o cuatro excepciones: Pfo Viquez, cuyo numen brillaría en cualquier Parnaso; Justo A. Facio, cuyo talento vibrante y fecundo tiene todas las audacias y fuerzas que pueden hacerle subir a la cumbre de la patria poesía; Luis R. Flores, a veces opulento, a veces blandilocuo, en medio de un lirismo espontaneo y pomposo; Aquileo J. Eche-

verría, el talento más flexible que he encontrado en mi vida, cuyo don de asimilación pasma a los que le conocemos en sus intimidades estéticas; y algunos más. Lo que sí tiene Costa Rica, en grado superior al de cualquiera de las repúblicas centroamericanas, es un buen número de prosistas, que brillan principalmente en lo que se relaciona con las ciencias político-sociales.

Y lo que nota el observador en aquella República, es la influencia absoluta del abogado. El abogado, el comerciante, el agricultor: trimurti potente. El bufete, el mostrador y el buey.

Débese a ese sentido práctico, la propagación del negocio, la tierra prolfica, el santodomingueño rico, el *parvenu* millonario, la inmigración comercial, los ferrocarriles, mister Keith; la necesidad de las múltiples transacciones, el banco. Pero desgraciadamente el cambio, en estos últimos meses, ha viajado por las nubes.

Pero ¡qué corazón el de algunos costarricenses! ¡Qué nobleza, qué sangre tan pura y viva! Allí están los políticos que bregan, sin mezclar su opinión con la levadura del odio; allí el que quiere por Presidente a don Ascensión Esquivel, y el que luchó en la época pasada por don José Rodríguez; allí los del partido Nacional, que forman su cenáculo escogido; los del par-

tido Independiente que se basan en el nervio del pueblo y predicán con franqueza y van a su objeto hacha en mano; los de la Unión Católica que perdieron por confianza, que trabajan para engrandecer sus filas, y que piensan en vencer apoyados en el signo de Constantino y en sus caporales y propagandistas que están a la continua a Dios rogando y con el mazo dando.

En lo social son sin doblez y el que le da la mano a uno se la da de veras. Tobías no engaña a nadie cuando le ofrece su cariño; Camilo le lleva a V. al club y en el plato que le ofrece va con el manjar el afecto. Allí la copa es dulce, porque en el borde de ella ha puesto su miel la abeja de la noble amistad. Lesmes le dará la idea de lo que es un caballero entre los caballeros; y una juventud entusiasta estará cerca; juventud que lleva en su espíritu amor, progreso, porvenir.

Y en el Gobierno, gente buena, gente de lo mejor. Uno que otro topo; pero honrado. Eso pienso yo de Costa Rica.

Guatemala, 1892.

Los yernos en política

Al Sr. Presidente don JOSÉ J. RODRÍGUEZ

Excelentísimo señor:

COMIENZO con un juego de palabras, para que su ánimo no se altere. Son balitas; inada más que balitas! Excelentísimo señor, en política, los hijos políticos son sencillamente funestos. Por más que el afecto, por más que las conveniencias sociales se presenten en tentadoras circunstancias, ante el criterio de los hombres rectos y honrados, como lo es Ud., los hechos demuestran que sobre todo está cierto poco de sangre que se sube a la cara.

Usted, don José, es hombre de intachables antecedentes. Su historia moral es limpia y clara. Tiene un aspecto respetable y severo. En los Estados Unidos sería reverendo y puritano; la toga le sienta como a un digno y pulcro abogado; su noble perfil es casi cuáquero; su conocida honradez es inmaculada; es, si se

quiere, el casto José de la hacienda pública; pero señor, en política, los hijos políticos son sencillamente funestos.

Señor, en un imperio muy hermoso y muy grande, había un emperador que era sabio y viejo, y muy querido por sus súbditos. Este buen monarca hubiera tenido en sus manos el cetro imperial hasta que la muerte se lo hubiese llevado, si no hubiere sido porque tenía una hija casada con un Orleans muy antipático, muy pretencioso y muy mal querido. En cuanto se descuidó don Pedro—ya sabe Ud. que me refiero al viejecito del Brasil—se llevó el demonio a toda la dinastía y a todo el gobierno. Nada fué el asunto de los esclavos, ni Deodoro da Fonseca, ni Constant, ni Bocayuva. ¿Sabe Ud. que fué, Excelentísimo señor, lo que dió al traste con la sabiduría, y con la majestad y con todo lo demás? El yerno. Nada más que el yerno, el Conde de Eu. Porque en política, los hijos políticos son sencillamente funestos.

Un Rodríguez de Francia, papá Grevy, honrado y todo lo que se quiera, salió con el rabo entre las piernas, un buen día en que el Eliseo se willsonizó. Este es un neologismo que le explicaré en dos palabras. Papá Grevy tenía una hija casada; el marido de su hija, era naturalmente su yerno, según Pero Grullo; el

verno hizo un lío que envolvió en la bandera francesa; y como los franceses no se dejan sentar moscas, el viejo Grevy tuvo que pagar las fechorías ajenas y que dejar la *ponnme de terre*, que como Ud. sabe, es harto sabrosa! ¡Pobre y honorable señor! Cayó, porque ignoraba seguramente que en política, los hijos políticos son sencillamente funestos.

El celeberrimo Guzmán Blanco tenía muchos pecados, y sin embargo, todavía de presidente sin título, gobernaba a la pobre Venezuela. Pero en cuanto el duque de Morny se casó con su hija y llegó a Venezuela, ¡adiós ilustre americano! Pateta cargó con él y su raza.

En tiempos pasados... ¿pero para qué le voy a contar a Ud. de tiempos pasados? ¡Allí no más tenemos al Presidente Menéndez, del Salvador, cuya caída tuvo como una de las principales causas, el ministerio de su yerno! Sí, es un hecho innegable: en política, los hijos políticos son sencillamente funestos.

¡Aunque sean muy inteligentes, muy vivaces, muy bravos! ¡Aunque tengan dotes físicas y morales, que puedan contradecirse!

Convénzase Ud., don José, de esa verdad que no tiene punto vulnerable. Y tenga tino. ¡Y acuérdesese de M. Grevy!

(*La República*, 3-III-92).

Las pérdidas de Juan Bueno

ESTE era un hombre que se llamaba Juan Bueno. Se llamaba así porque desde chico, cuando le pegaban un coscorrón por un lado, presentaba la cabeza por otro. Sus compañeros le despojaban de sus dulces y bizcochos, le dejaban casi en cueros, y cuando llegaba a la casa, sus padres, uno por aquí, otro por allá, a pellizco y mojicón, le ponían hecho un San Lázaro. Así fué creciendo, hasta que llegó a ser todo un hombre. ¡Cuánto sufrió el pobrecito Juan! Le dieron las viruelas y no murió, pero quedó con la cara como si hubiesen picoteado en ella una docena de gallinas. Estuvo preso por culpa de otro Juan, que era un Juan Lanás. Y todo lo sufría con paciencia, a punto de que todo el mundo, cuando decían: «¡Allá va Juan Bueno!» soltaba la risa. Así las cosas, llegó un día en que se casó.

*

UNA mañana vestido con manto nuevo, sonriente, de buen humor, con su gloria de luz en la cabeza, sus sandalias flamantes y su largo bastón florido, salió el señor San José de paseo por el pueblo en que vivía y padecía Juan Bueno. Se acercaba la noche de Navidad e iba él pensando en su niño Jesús y en los preparativos del nacimiento, bendiciendo a los buenos creyentes y tarareando de cuando en cuando, uno que otro aire de villancico. Al pasar por una calle oyó unos lamentos que partían el alma, y el excelente santo, llevado por su generoso corazón, se dirigió a la casa de donde salían aquellos lamentos y encontró, ¡oh cuadro lastimoso! a la mujer de Juan Bueno, pim, pam, pum, magullando a su infeliz consorte. «Alto ahí», gritó el padre putativo del divino Salvador. «¡Delante de mí no hay escándalos!» Así fué. Calmóse la feroz gorgona, se hicieron las paces, y como Juan refriese sus cuitas, el santo se condolió, le dió unas palmaditas en la espalda, y despidiéndose le dijo:

«No tengas cuidado. Ya cesarán tus penas. Yo te ayudaré en lo que pueda. Ya sabes, para lo que se ofrezca: en la parroquia, en el altar a la derecha. Abur».

*

CONTENTÍSIMO quedó el buen Juan. Y no hay palabra para qué decir si iría donde su paño de lágrimas, día a día y casi hora a hora. «¡Señor, que esto! ¡Señor, que lo otro! ¡Señor, que lo de más allá!» Pedía todo y todo le era concedido. Lo que sí le daba vergüencita contarle al santo era que su tirana no perdía la costumbre de aporrearle. Y cuando San José le preguntaba: «¿Qué es ese chichón que tienes en la cabeza?», él reía y cambiaba de conversación. Pero San José bien sabía... y le alababa la paciencia.

Un día llegó con la cara muy afligida. «Se me ha perdido, gimoteó, una taleguilla de plata que tenía guardada. Quiero que me la encontréis». «Aunque esas son cosas que corresponden a Antonio, haremos lo que se pueda». Y así fué. Cuando Juan volvió a su casa, halló la taleguilla.

Otro día llegó con un carrillo hinchado y un ojo a medio salir: «¡Que la vaca que me diste se me ha desaparecido!» Y el bondadaso anciano: «Anda, que ya la encontrarás».

Y otra vez: «¡Que el mulo que me ofrecisteis se fué de mi huertecito!» Y el Santo: «Vaya, vaya, vete, que él volverá». Y por tal tenor.

Hasta que una ocasión el Santo no se encontraba con muy buen humor, y se apareció Juan

Bueno con la cara hecha un tomate y la cabeza como una anona. Desde que le vió: hum, hum, hizo el Santo. «Señor, vengo a suplicaros un nuevo servicio. Se me ha ido mi mujer, y cómo vos sois tan bueno...»

San José alzó el bastón florido y dándole a Juan en medio de las dos orejas, le dijo con voz airada:

—¡Anda a buscarla a los infiernos, zopenco!

(*El Heraldo de Costa Rica*, 13-III-92).

NOTA.—Rubén Darío, con Pío Viquez, fué Director y Redactor de *El Heraldo de Costa Rica* del 13 de marzo de 1892-hasta la fecha de su partida de este país, el 11 de marzo del mismo año.

¿Por qué?

OH, señor! el mundo anda muy mal. La sociedad se desquicia. El siglo que viene verá la mayor de las revoluciones que han ensangrentado la tierra. ¿El pez grande se come al chico? Sea; pero pronto tendremos el desquite. El pauperismo reina, y el trabajador lleva sobre sus hombros la montaña de una maldición. Nada vale ya sino el oro miserable. La gente desheredada es el rebaño eterno para el eterno matadero. ¿No ve usted tanto ricachón con la camisa como si fuese de porcelana, y tanta señorita estirada envuelta en seda y encaje? Entre tanto las hijas de los pobres desde los catorce años tienen que ser prostitutas. Son del primero que las compra. Los bandidos están posesionados de los bancos y de los almacenes. Los talleres son el martirio de la honradez; no se pagan sino los salarios que se les antoja a los magnates, y mientras el infeliz logra comer

su pan duro, en los palacios y casas ricas los dichosos se atracan de trufas y faisanes. Cada carruaje que pasa por las calles va apretando bajo sus ruedas el corazón del pobre. Esos señoritos que parecen grullas, esos rentistas cacoquimios y esos cosecheros ventruados son los ruines martirizadores. Yo quisiera una tempestad de sangre; yo quisiera que sonara ya la hora de la rehabilitación, de la justicia social. ¿No se llama democracia a esa quisicosa política que cantan los poetas y alaban los oradores? Pues maldita sea esa democracia. Eso no es democracia, sino baldón y ruina. El infeliz sufre la lluvia de plagas; el rico goza. La prensa, siempre venal y corrompida, no canta sino el invariable salmo del oro. Los escritores son los violines que tocan los grandes potentados. Al pueblo no se le hace caso. Y el pueblo está enfangado y pudriéndose por culpa de los de arriba: en el hombre el crimen y el alcoholismo; en la mujer, así la madre, así la hija y así la manta que las cobija. ¡Conque calcule usted! El centavo que se logra ¿para qué debe ser sino para el aguardiente? Los patrones son ásperos con los que les sirven. Los patrones, en la ciudad y en el campo, son los tiranos. Aquí le aprietan a uno el cuello; en el campo insultan al jornalero, le escatiman el jornal, le dan

a comer lodo y por remate le violan a sus hijas. Todo anda de esta manera. Yo no sé cómo no ha reventado ya la mina que amenaza al mundo; porque ya debía haber reventado. En todas partes arde la misma fiebre. El espíritu de las clases bajas se encarnará en un implacable y futuro vengador. La onda de abajo derrocará la masa de arriba. La Comunque, la Internacional, el nihilismo, eso es poco; ¡falta la enorme y vencedora coalición! Todas las tiranías se vendrán al suelo: la tiranía política; la tiranía económica, la tiranía religiosa. Porque el cura es también aliado de los verdugos del pueblo. El canta su tedeum y reza su paternoster, más por el millonario que por el desgraciado. Pero los anuncios del cataclismo están ya a la vista de la humanidad y la humanidad no los ve; lo que verá bien será el espanto y el horror del día de la ira. No habrá fuerza que pueda contener el torrente de la fatal venganza. Habrá que cantar una nueva marsellesa que como los clarines de Jericó destruya la morada de los infames. El incendio alumbrará las ruinas. El cuchillo popular cortará cuellos y vientres odiados: las mujeres del populacho arrancarán a puños los cabellos rubios de las vírgenes orgullosas; la pata del hombre descalzo manchará la alfombra del opulento; se romperán las esta-

tuas de los bandidos que oprimieron a los humildes; y el cielo verá con temerosa alegría, entre el estruendo de la catástrofe redentora, el castigo de los altivos malhechores, la venganza suprema y terrible de la miseria borracha!

—¿Pero quién eres tú? ¿Por qué gritas así?

—Yo me llamo Juan Lanás y no tengo un centavo.

(*El Heraldo de Costa Rica*, 17-III-92).

De sobremesa

NADA como pensar después de haber comido bien. Las ideas no son hijas del hambre, a pesar de todas las afirmaciones en contrario y de la historia que dice que Cervantes no cenó cuando concluyó el Quijote. De la barriga a la cabeza existe un alambre eficaz y maravilloso.

Los griegos lo entendían perfectamente. Esas brillantes agapas, en que dialogaban los filósofos y los poetas, tenían por resultado la exposición de los más bellos principios y la creación de los más bellos poemas. Homero se recrea describiendo en su gloriosa obra las grandes comidas épicas: el buey asado todo entero, los lechones en las anchas fuentes, el apio y el vino. Después de las batallas, de los asaltos, de las victorias, viene el festín.

EN la mesa se espacia el espíritu, se ensancha la imaginación. Antes de llegar al precipicio Borrachera, está el jardín Alegría. Antes de lo ahito está lo satisfecho y con lo satisfecho lo espiritual y lo chispeante. Los diplomáticos, buenos conocedores de la cábala y del ocultismo, toman la ocasión con el tenedor y la descuartizan. Ellos conocen que casi siempre en la espuma del champaña hierve el espíritu de Maquiavelo. De la mesa brota el laurel del triunfo y la flor de la dicha. También la mesa es trágica. Nada más espantoso que el coronado Macbeth con el espectro enfrente.

Los vinos tienen su concierto. El cocktail es el ugiar que vestido de ceremonia anuncia el esperado momento. Llega un caballero estirado, correcto, fino, rubio, habla alemán y francés, su carruaje es de cristal verde: este es el vino blanco. El vino tinto es el buen compañero viejo, reconfortante, jovial, caballero francés de nobleza roja; sabe cuadrillas y galopas y da los besos en plena mejilla, a las mujeres escotadas: —el vino tinto es sangre embotellada; va acompañando al guisado y arrastra su manto de púrpura. Este vino rey que busca las venas

y el cerebro, lleva la nota entusiasta en las comidas. La camelia bebe agua, el vergiss-meinnicht bebe vino del Rhin, el lirio bebe rocío como la cigarra; la rosa sensual, amada del viejo Anacreonte, bebe vino tinto. El francés ama el vino, como el chino ama el té. El champaña viene después: mujer desnuda y blanca con cabellera de oro. Llega derramando perlas, el gentil Buckingham de los vinos, el preferido de los labios rojos que producen las argentinas carcajadas. El champaña da audacia, vivacidad, lujuria. —Damas, cuando bebéis champaña, el fauno caprípede os está haciendo señas bajo el citiso.

LA canción del champaña enardece la pasión. Cuando el champaña suena sus clarines dorados, se estremecen las murallas de la virginidad. ¿Qué pájaro cristalino y mágico canta en la copa a trino por burbuja? Venus pasa en su concha de nácar, impulsada por los locos genios del placer. Un abanico cerca de una copa de champaña, es una ala de mariposa no lejos de una hoguera de amor. El champaña dirige el cotillón. El rugido del taponazo es la detonación que anuncia la llegada del bello

Príncipe al castillo de marfil. La espuma del champafia es hermana de la espuma del mar: ambas han tocado las candidas piernas de la diosa. En la ponchera brota la delicia. Para Sileno el vino, para Gambrino la cerveza, para ti, musa de Beranger, englantina del boulevard, el licor fogoso, la botella gorda, el vaso semejante a un carquesio, la aristocracia báquica.

*

ENTONCES apareció un fraile: tenía el hábito blanco de nieve, la barba larga, también nevada, un hermoso perro junto con él. Venía de San Bernardo: sacó un frasco y nos ha dado a probar el licor religioso que lleva capucha, el agua de fuego vivo y color de luz que brota en la cartuja: tomamos una copa de charreuse. Luego viene el curazao, al cual la lengua recibe con gusto y el paladar con agradecimiento. El anicete del país de España, la menta verde. Allá se llevan los sirvientes un pastel hinchado, las fresas tentadoras, ciudadanas de París, la fruta de fin de siglo. Encendamos el cigarro.

(*El Heraldo de Costa Rica*, 20-rv-92).

Eironeia

A FRANCISCO HUETE

LA palabra le encantó a Alfonso Daudet porque sintió en el corazón la gota de plomo derretido. Tourgueneff le besaba a sus hijos, le miraba el hogar como hogar propio, reía en su casa. Después Tourgueneff fué a contar en Rusia que Daudet era un morfínomo insoportable, un mal literato y un mal hombre.
¡Eironeia!

ESTÁ usted en su casa tranquilo y piensa en el pan de sus hijos o en el laurel que tiene usted porque se lo ha ganado; o en asuntos de la patria, o en labor o en triunfo; y una mano hay, quizá la más querida, que en el bocado que se lleva usted a la boca le pone hiel.
¡Eironeia!

SE ama, se sueña; se ven dos lindos ojos, se imagina uno ser amado. De pronto la torre

de marfil se viene al suelo, el ideal se deshace, la dulce visión se esfuma en negro fondo; lo que creíamos esperanza y luz se torna en palidez y tinieblas, y viene el desengaño, la desesperación, la muerte del alma.

¡Eironeia!

VA usted a hacer un negocio. Su dinero está bien empleado; el cálculo está excelentemente hecho; es usted el favorecido de la fortuna. Cuando menos lo piensa viene el pánico, el cambio sube, su firma no vale nada, su crédito es humo, su familia está en la miseria.

¡Eironeia!

EL general valeroso está para dar la batalla. Sus soldados son los mejores soldados, su caballo piafa sobre un montón de laureles, su espada dice: «estoy lista»; sus charrateras son de oro y su alma de hierro. Junto a él está el ayudante. A un son de clarín se da el ataque. El ayudante le clava en la espalda su espada al general.

¡Eironeia!

CREE uno en Dios, es ferviente, busca en lo profundo de los azules cielos la mirada de la omnipotente y majestuosa cabeza del Señor;

suplica el cuitado en su desgracia, ora el solitario confiado en la justicia divina, y de la más negra de las nubes que ha amontonado la tempestad, del seno de la tormenta terrible, viene el rayo que cae en la frente del lívido desgraciado.

¡Eironeia!

SE consume el tísico, y piensa en el bello proyecto de mañana. Ya el médico ha señalado el día de la muerte. El no lo sabe; viaja con la imaginación, aguardando su mejoría, idea horas gozosas; ya está bueno. En lo más admirable de la ilusión, se va la vida. El viaje que hace es el de la sombría eternidad.

¡Eironeia!

Nos creemos algo, tenemos la sublime idolatría de la gloria. Nos miramos en el espejo del orgullo y nos contemplamos con el aspecto de triunfadores y jóvenes dioses. Nuestro nombre es repetido al armonioso son de los tímpanos y clarines de la fama; el mejor verso es el que brota de la mágica cuerda de nuestra lira; la mejor palabra es la que vibra en nuestros labios. Estamos en el pináculo, en la cumbre. De repente temblamos. El miraje del pasmo y de la victoria se convierte en la realidad

infame y matadora. El gigante es un liliputiense. El oro es oropel, el nombre, nada.

¡Eironeia!

Y cuando se embarca el alma para el cielo; cuando el bajel tiende sus velas siguiendo el rumbo del misterio; cuando se hunde el cuerpo en la tierra y el espíritu en el azul, si no hay azul ni hay espíritu, ¿cuál será la palabra que el ángel de la muerte lanza a los cuatro vientos del mundo?

¡Eironeia!

(*El Heraldo de Costa Rica*, 24-IV-92).

Mayo alegre

MAYO alegre, mayo alegre, ¿por qué has venido ahora tan triste, como si vinieras de duelo, como si estuviese enferma tu divina madre, la vibrante Primavera? Eres un mayo gris, un mayo que viene acompañado de brumas invernales y de pálidas y desoladas horas. He querido ir a cortar tus primeras rosas, y he vuelto meditabundo; pensé en cantar la canción de los nuevos amores y he encontrado en tu melancolía una valla para mi despierto entusiasmo. Las rosas del jardín han arruinado sus lindas sayas rojas y blancas, por culpa de la llovizna. Han perdido sus collares de diamantes; están desesperadas unas, otras muertas; han vivido un minuto; se han abierto buscando la caricia del sol y se han marchitado antes del tiempo que señala el verso de Malherbe. ¡Y una ilusión mía, rara flor de mi ensueño, también es ya difunta y yace marchita, mayo alegre, mayo alegre!

*

MAYO alegre, mayo alegre, ¿te acuerdas cuando mi alma te contempló extática por la primera vez, en el encanto mágico de su adolescencia? Respiré tu aliento, besé la orla florida de tu manto real; porque tu me ofendiste aquella blanca margarita que dí a la niña de catorce años, para que la deshojara delante de mí. Y ella la deshojó, sonriendo virginalmente, como una santita llena de amor; ¡y el último pétalo de la margarita dijo que la niña me quería mucho! Aplaudió el corro de las alegres amigas; mi amada sintió en su rostro la dicha de su rubor; tú hiciste que una ráfaga tuya estremeciera los rosales cercanos; una mariposa azul rozó con sus alas la nitidez de un lirio; y yo, gozoso y triunfante, era un príncipe dentro de mi corazón. ¿Recuerdas que los ojos de aquella niña eran negros y la entrada de su pecho blanca, blanca, mayo alegre, mayo alegre?

*

MAYO alegre, mayo alegre, ¡cuántas veces te encontré después, y eras siempre mi amigo, y eras tú quien llevabas en tu carro maravilloso el ardiente mensaje, la estrofa del deseo, el beso de la pasión! A tu espléndido

sol ví un día de oro cómo es bella la luz sobre el verde y fresco laurel. Tu aire armonioso acarició mi frente, y sentí como ansias de hundirme en el azul infinito; la gloria, de inmensas y luminosas alas, pasó delante de mis ojos, como una visión augusta y sideral; se conmovió mi espíritu y en mi sangre sentí infundirse tu eterna savia. ¡Qué alta es la montaña!, exclamé. Y tú me dijiste en tu soberana lengua: ¡Sube! Allá arriba se cernían en círculo incomparable las bandadas de las líricas águilas. La Verdad estaba en el cénit; y de la cumbre de la montaña para lo alto, el Arte extendía su escala, más brillante que la de Jacob, entre los resplandores del prodigio. Y yo por ti anhelé la suprema ascensión, porque los desfallecimientos y las angustias no fueron capaces de llegar a poseerme; pues resguardabas el comienzo de mi vida, poniendo ante mi deseo la sagrada palma y la corona inmortal de los escogidos. ¡Y yo te creía entonces, y bajo el cielo azul cantaba tus soberbios himnos, mayo alegre, mayo alegre!

*

MAYO alegre, mayo alegre, ¿por qué has venido ahora tan triste?... No te presentes

nunca así, delante de los pobres soñadores. ¡Cuán dulce es el engaño si es eterno! ¡Deja a los que creen su fe, a los que aman su amor, a los que esperan su esperanza, tú, que eres el símbolo inmortal de la Juventud! Ilusión inefable, magníficos mirajes, no desaparezcáis jamás del cielo del poeta. ¡Fuiste tan bueno en mi niñez conmigo, y luego me has hecho gozar y soñar tanto en la primavera de mi vida, mes de mayo!

Mes de los pájaros, mes de la teológica Rosa Mística, mes de María, ven siempre resplandeciendo y cantando cuando ya tu amigo descansase en el último sueño. Ven, lleno de sol, melodioso, real, pontifical: y a los jóvenes que vienen, a tus amigos futuros, dales margaritas para sus novias; ¡y flores, muchas flores para la tumba de los poetas, mayo alegre, mayo alegre!

(El Heraldo de Costa Rica, 6-VI-92).

A Alejandro Jiménez

Regalito de boda

Corona de olor balsámico
tu novia lleva al altar,
¡corona de epitalámico
azahar!

Bendigo a la buena estrella
que te convierte en casado.
¡Y qué bien que la has cazado!
¡Y qué bien te cazó ella!

Al darte su linda mano
te estrecha un nudo hechicero,
que es, amigo, un verdadero
nudo gordiano.

Yo, que soy del gremio, te hablo
con verdad plena:
¡suele ser cosa muy buena
la epístola de San Pablo!

Tus bodas ejemplo son
que han de tornar en marido
a más de un empernado
solterón.

Dios bendiga el santo lazo
que hoy te da delicias nuevas,
¡qué joya la que te llevas,
picaronazo!

Al amigo abrazo ahora,
que feliz merece ser;
y saludo a la señora
¡que era señorita ayer!

(El Heraldo de Costa Rica, 8-v-1892.)

Un sermón

EL 1º de enero de 1900, llegué muy temprano a Roma, y lo primero que hice fué correr a la basílica de San Pedro a prepararme un lugar para oír el sermón que debía predicar en lengua española un agustino de quien se esperaba gran cosa según los periódicos. ¡Ay de mí! creí llegar muy a buen tiempo y he ahí que me encuentro poblada de fieles la sagrada nave. Gentes de todos lugares y principalmente peregrinos de España, Portugal y América, habían madrugado para ir a colocarse lo más cerca posible del orador religioso. Luché, forcejeé; por fin logré colocarme victoriosamente. Grandes cirios ardían en los altares. El altar mayor resplandecía de oro y de luz, con sus soberbias columnas salomónicas. Toda la inmensa basílica estaba llena de un esplendoroso triunfo. De cuando en cuando potentes y profundos estallidos de órgano hacían vibrar de armonía el ambiente oloroso a incienso. El

gran púlpito se levantaba soberbio y monumental, aguardando el momento de que en él resonase la palabra del sacerdote. Pasó el tiempo.

*

COMO un leve murmullo se esparció entre todos los fieles, cuando llegó el ansiado instante. Apareció el agustino, calada la capucha, con los brazos cruzados. De su cintura ceñida, al extremo de un rosario de gruesas cuentas colgaba un santocristo de hierro. Arrodillóse enfrente del altar y permaneció como un minuto en oración. Después, despacioso, grave, solemne, subió las gradas de la cátedra. Descubrió su cabeza, cabeza grande, con una bruñida calva de marfil, entre un cerquillo de cabellos canos. Era el fraile de talla más baja que alta, de ojos grandes y relampagueantes. Al pasar, ví su frente un tanto arrugada, y en su afeitado rostro las huellas del más riguroso ascetismo. Alzó la mirada a lo alto. Sobre su frente la paloma mística extendía sus alas. Diríase que el Santo Espíritu inspirador, el que envió a los apóstoles el celeste fuego se cernía en el agusto y sacro recinto; que la lengua del fraile recibía en su anhelo de suprema purificación, una hostia paradisíaca, en que

le infundía el don de elocuencia y fortaleza el divino Paráclito. Fray Pablo de la Asunción —así el nombre— comenzó a hablar.

Dijo las palabras latinas con voz apagada. Después, después no podéis imaginaros nada igual. Pensad en un himno colosal cuya primera soberana armonía comenzase con el fiat del Génesis y acabase con el sublime espanto del Apocalipsis; y apenas os acercaréis a lo que de aquella boca brotó conmoviendo y asombrando. Eran Moisés y su pueblo delante del Sinaí; era la palabra de Jehová en el más imponente de los levíticos; era el estruendo vasto de los escuadrones bíblicos; las visiones de los profetas ancianos y las arengas de los jóvenes formidables; eran Saúl endemoniado y el lírico David calmándole a son de harpa; Absalón y su cabellera; los reyes todos y sus triunfos y pompas; y tras el pasmo de las Crónicas, el Dolor en el estercolero, Job el gemebundo. Después el salmo florido o terrible pasaba junto al proverbio sabio, y el cántico luego, todo manzana y rosa y mirra, de donde hizo volar el orador una bandada de palomas. ¡Truenos fueron con los profetas. Terriblemente visionario con Isaías, con Jeremías lloró; le poseyó el «deus» de Ezequiel; Daniel le dió su fuerza; Oseas su símbolo amargo; Amón, el

pastor de Tecua, su amenaza; Sofonías su clamor violento; Aggeo su advertencia, Zacarías su sueño y Malaquías sus «cargas» isaiáticas. Mas nada como cuando apareció la figura de Jesús, el Cristo, brillando con su poesía dulce y altísima sobre toda la antigua grandeza bíblica. La palabra de fray Pablo modulaba, cantaba, vibraba, confundía, armonizaba, volaba, subía, descendía, petrificaba, deleitaba, acariciaba, anoiadaba, y en espiral incomparable, se remontaba, kalofónica y extrahumana hasta la cúpula en donde los clarines de plata saludan al Vicario de Cristo en las excelsas victorias pontificales. Mateo surgió a nuestra vista; Marcos se nos apareció; Lucas hablónos del Maestro; el «predilecto» nos poseyó; y después que el gran San Pablo nos hizo temblar con su invencible prestigio, fué Juan el que nos condujo a su Patmos aterrador y visionario; Juan, por la lengua de aquel religioso sublime, ¡el primero de cuantos han predicado la religión del Mártir de Judea que padeció bajo el imperio de Augusto! Rayo y unción fué la frase cuando pintó los hechos de los mártires, las vidas legendarias de los anacoretas; las cavernas de los hombres pálidos cuyos pies lamía la lengua de los leones del desierto; Pablo el ermitaño, Jerónimo,

Pacomio, Hilarión, Antonio; y los mil predicadores y los innumerables cristianos que murieron en las hogueras de los paganos crueles; y entre ellos, como lises cándidos de candidez celeste e intacta, las blancas vírgenes, cuya carne de nieve consumían las llamas o despedazaban las fieras, y cuya sangre regaña en el circo fertilizaba los rosales angélicos en donde florecen las estrellas del Paraíso. El orador acabó su sermón: «La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros». Amén.

*

Al salir, todavía sintiendo en mí la mágica influencia de aquel grandioso fraile, pregunté a un periodista francés, que había ido a la iglesia a tomar apuntes:

—¿Quién es ese prodigio; de dónde viene este admirable chrysóstomo?

—Como debéis saber, hoy ha predicado su primer sermón, me dijo. Tiene cerca de setenta años. Es español. Se llama Fray Pablo de la Anunciación. Es uno de los genios del siglo pasado. En el mundo se llamaba Emilio Castelar.

(*El Heraldo de Costa Rica*, 8-v-92).

En el mar

A TOMÁS REGALADO

Es un mar de pizarra, con una multitud de florecimientos de nieve; es un mar gris oscuro con mil puntos en donde estallan copos de espuma.

Chente Quirós me llamó poeta niño. ¡Por-nógrafo!

No me subleva el adjetivo. Víctor Hugo da ese nombre al formidable anciano Homero.

Pero en el océano me siento niño. Siento siempre aquella primera impresión de las potentes aguas inmensas. Siento lo que tan admirablemente expresó Pierre Loti. Me miro chico y pobre, ante tanta grandeza y tanta riqueza. Una onda me canta la eterna canción de la esperanza y otra me repite la salmodia misteriosa de los muertos. Me acuerdo de los tristes poetas, de los pálidos soñadores. Me acuerdo de los que van sobre el mar, de los que

tienen su pensamiento y su corazón expuestos a los golpes del ala de la tempestad.

Allá va una nube. ¿A dónde va? Es caprichosa como una mujer. Son tres hermanas: la mujer, la onda y la nube. A la primera la increpó el Padre Eterno; a la segunda el poeta Shakespeare. La tercera es la poliforme errabunda de la región azul.

Se mueve como un corazón esta gran máquina que arrastra el navío. Es un organismo esta casa flotante. Tiene aorta, nervios, cerebro, pulmones; y allá en lo alto del mástil, la bandera de las estrellas, la bandera de la Libertad.

¡Bendito sea el Dios de los errantes, la Providencia de los viajeros!

Bendito sea el que manda a Tobías el arcángel, a Colón los líquenes de América, a Dante la soberana figura del dulce Vigilio.

(*El Heraldo de Costa Rica*, 11-vi-92).

(Tomado del *Diario de Centro América*).

CON Francisco Gavidia, redactó Darío *La Prensa Libre* del 3 de setiembre de 1891 al 10 de noviembre del mismo año.

Así decía el anuncio de uno de tantos números de *El Heraldo de Costa Rica*, el del 5 de setiembre de 1891, por ejemplo:

AZUL
POR RUBÉN DARÍO
EL LIBRO DE MODA

SE VENDE EN LA LIBRERÍA DE MONTERO

HAY POCOS EJEMPLARES

INDICE

	<u>PÁGINA</u>
NOTA DE LOS EDITORES.....	6
Partida.....	7
Rubén Darío.....	8
Adiós, Rubén.....	9
Señor don Pío J. Víquez.....	10
LINTERNA MÁGICA	
El Mercado.....	13
De Washington a Buenos Aires por tierra...	15
La Estación.....	19
El Parque Central.....	20
La Mascarada.....	23
Fugitiva.....	29
Enriqueta (Página oscura).....	28
DON PEDRO.....	31
VERSOS NUEVOS	
El clavicordio de la abuela.....	38
VERSOS DE AÑO NUEVO	
Los regalos de Puck.....	42
RIMAS.....	48
OTRO LIBRO.....	51
PÁGINAS DE UN LIBRO INÉDITO (Rojo y Negro)	52
Los presidentes en el destierro.....	57
Viaje de Tarascón.....	60

REQUIESCAT	63
MENÉNDEZ	67
SINFONÍA	68
COSTA RICA	70
LOS YERNOS EN POLÍTICA	76
LAS PÉRDIDAS DE JUAN BUENO	79
¿POR QUÉ?	83
DE SOBREMESA	87
EIRONEIA	91
MAYO ALEGRE	95
REGALITO DE BODA	99
UN SERMÓN	101
EN EL MAR	106

BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSIDAD

EDICIONES
DE AUTORES CENTRO

A 20, 30 y 40 centavos oro an

GARCIA MONGE Y CIA. EDITORES
SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A. — APARTADO 533

Novelas y cuentos. Poesías. Artículos y ensayos.
Educación. Historia. Ciencias. Teatro. Bio-
grafías. Oratoria.

LA COLABORACION SERÁ INVARIABLEMENTE SOLICITADA

PUBLICADOS
COSTA RICA

J. García Monge: *La Mula Sombra* y otros sucesos.

Rómulo Tovar: *De variado sentir.*

" " *En el taller del platero*

" " *De Atenas y de la*

Octavio Jiménez: *Las coccinelas del*

Carmen Lira: *Los cuentos de mi tía*

Ricardo Fernández Guardia: *Miniatur*

NICARAGUA

José Olivares: *Poesías.*

HONDURAS

Rafael Heliodoro Valle: *El rosal a*

